

MADRE
TIERRA

MANUEL MIRA

Madre Tierra.

© Manuel Mira

Diseño de portada: Alex Fernández Cornejo

ISBN: 978-84-9948-061-9

Depósito legal: A-284-2010

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33

C/ Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)

www.ecu.fm

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87

C/ Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)

www.gamma.fm

gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

A la memoria de mis padres.

A su tierra, a mi tierra, a la tierra de mis hijos.

NOTA DEL AUTOR

Aunque lo parezca, ésta no es una novela histórica en el sentido estricto del término, y no es mi deseo subrayarlo por afán de adelantar mi desmarque ante quienes decidan calificarla así, que a buen seguro tendrán sus razones, legítimas, para hacerlo. No lo es en la medida en que sus principales protagonistas no existieron, y por lo tanto no pudieron tener relación alguna con los hechos aquí narrados. Pero tampoco lo es porque son los mismos protagonistas inventados quienes crean su propia historia, bien transformando la que todos conocemos, o modificándola, o incluso falseándola. Es la grandeza –o la miseria, según se mire– de la ficción: que puede extraer del fondo de la nada lo que no fue y cambiar lo que fue o imaginar lo que pudo haber sido. Naturalmente, los personajes urdidos por la fantasía y liberados en estas páginas no son capaces, aunque lo intenten, de sustraerse al contexto histórico en el que viven, es decir, a la Historia, con mayúsculas. Eso no puede ser cambiado. Y ésa es su tragedia. Su destino, fatal e inexorable, que no se libra ni de la pura ficción.

El Autor

PRIMERA PARTE

El jinete del caballo negro

1

Nada más leer la nota del alto mando británico me asalta el tiempo desvanecido de una imagen que se transparenta en el papel que releo y recobra vida en la amargura de los ojos de un hombre al que conocí hace tiempo, los de un pájaro moribundo antes de estrellarse contra un muro: *soldado enfiebrado*. ¿Tan seguro estoy de que es él?, me pregunto. Sólo hay un Pedro Anciles en el mundo. Al otro lado del arrugado y sucio papel que despliego a la luz del desierto, su rostro enjuto y demacrado se gira bruscamente sobre sí mismo buscándome con la mirada, atado a la soga que lo encadena a una columna de prisioneros camino del penal. Fue la última vez que lo vi. Yo me retorcí de dolor en el suelo, la culata de un fusil oprimiéndome el estómago. Pude observarle un par de segundos más. El pánico en su rostro.

La nota oficial califica la acción del soldado como *temeraria*, de lo cual se desprende que el militar encargado de redactarla quería eludir a toda costa la valoración de comportamientos morales. Pero en el ánimo de todos los que conocían su gesta el uso del término *suicidio* era inevitable. Tal vez yo fuese la única persona en contra de tan unánime veredicto: no, Pedro Anciles no quería suicidarse, proclamo en mis adentros. Amaba la vida como si sobre él recayera el privilegio exclusivo de nacer todos los días. Puedo dar fe de ello. Ciertamente, con frecuencia se comportaba de una manera muy extraña, déspota, ante la muerte. Daba la impresión de haberla conocido tanto como a una amante entregada y paciente a la que se termina por despechar. Se habían jurado odio eterno, pero no podían dejar de gozarse en sus citas de noches tenebrosas.

Le conocí hace tres años y siete meses. Se cruzó en mi vida por casualidad. Fue como el relámpago que anuncia la tormenta, un rayo sin estruendo en una carretera perdida de La Mancha. Eran las últimas horas de la Guerra Civil española. Elevó los brazos en medio de la calzada para llamar mi atención. Así es como pretendía detener a la motocicleta *Harley* en la que me dirigía al puerto de Alicante para cubrir la información en la última barricada de la República Española. A punto estuve de atropellarle. Él aprovechó los segundos que me detuve frente a su estático cuerpo para saltar como un sapo sobre el sillín trasero. Parecía desahuciado, como los cientos de fugitivos que caminaban en dirección al mar. Miraban oblicuamente. La arquitectura de la angustia nunca traza líneas rectas. A veces escupían. El hombre me suplicó que lo condujera a la Posición Yuste.

Yo, un novato periodista recién llegado de Nueva York, desconocía que aquel enclave era la sede, más bien el refugio secreto (es lo que lograría saber días después), del último gobierno de la República Española. Naturalmente, no le creí. La República estaba muerta. Pero el andrajoso fugitivo siguió implorando: “¡Se lo juro, le juro que es cierto cuanto le digo!”.

No quedó ahí la cosa. En un abrir y cerrar de ojos, me confesó, con el rostro desencajado, que era amigo del jefe del gobierno. “Está loco”, me dije, y aceleré con ánimo de quitármelo de encima, por si la inercia del arranque despedía su cuerpo, pero él ya había incrustado sus posaderas como una lapa en el sillín trasero de la moto y se asía con todas sus fuerzas al salvavidas de mi cintura.

Unos días después, exactamente el 1 de abril de 1939, el día en que se abrieron de par en par las puertas en el cementerio de España, le vi atado a una columna de prisioneros camino de una plaza de toros, la de Alicante, convertida en prisión de rebeldes y proscritos, tal vez para cavar su propia tumba. Pero también sobrevivió. Daba la impresión de que la vida le condenaba a muerte todos los días y de que él aguardaba al último tajo de la guadaña, el más despiadado y certero, para librarse de ella.

A partir de ese día, el último que le vi, como dije, su rastro se deshizo en el aire y su asombrosa peripecia empezó a registrarse como un encefalograma plano en mi memoria, aunque con esporádicas sacudidas que tensaban mi atención y reproducían con cierta fidelidad su orgulloso porte, lo cual ocurría cada vez que en el buzón de mi casa, o sobre mi mesa de redacción del periódico, aparecía alguna de sus cartas provenientes de Sudáfrica. ¿Tan lejos había llegado en su trepidante huida al exilio? Sí, fue un eclipse, interminable, llegó a parecerme, que empapó de oscuridad los intensos días que habíamos compartido. Sudáfrica, aquel matasellos sobre la cubierta de los ennegrecidos sobres que apilaba junto a mi máquina de escribir, era la única seña de identidad de aquel hombre de rostro enjuto y ojos melancólicos que yo había convertido en héroe en las páginas de mi periódico.

Hasta hace unas horas, en que su imagen cobró en mi mente la fuerza de las apariciones sobrenaturales: un exiguo comunicado del Octavo Ejército Británico aludía a un jinete que había embestido al Afrika Korps a lomos de un caballo negro al galope y empuñando un herrumbroso sable. No había terminado de leer el texto cuando tuve la corazonada de que era él. Primero se presentó camuflada de sospecha, y luego con el pulso acelerado de una estrella. En realidad, razoné, no había en el mundo un ser capaz de acometer una acción tan descabellada. Una locura tan extravagante, más bien. La angustia era capaz de revestir su mente de oscuros refinamientos.

Las primeras versiones oficiosas sobre lo acontecido en el frente concluyen de la misma manera: el jinete del caballo negro pretendía suicidarse. Es una deducción obvia, desde luego. Pero tampoco en esta ocasión la consideración del suicidio es para mí admisible. Conociendo al sujeto en cuestión, y la certeza sobre su identidad se acrecienta por segundos, no es disparatado pensar que aquel soldado habría esquivado, de nuevo, la acometida de la guadaña, aunque también sea cierto, lo cual me siembra ciertas

dudas, que enfrente tenía las baterías del ejército del Mariscal Rommel. Y qué loco, me digo de nuevo.

Mi intuición está fundamentada. Yo sabía que Pedro Anciles padecía una fijación enfermiza por su padre, un viejo anarquista que arremetía contra los ejércitos del General Franco precisamente como lo había hecho el soldado al que aludía la nota del alto mando británico. Conocía esa historia al detalle. Se la había escuchado a él, con la voz temblorosa. Antes, la oí en boca de un viejo amigo común, americano, por cierto. Cuando él me la contó, en vísperas de su apresamiento, parecía avergonzado: su único empeño era convencerme de que su padre no estaba loco. Es lo único que le importaba. Unos meses más tarde se enfrentó por ese mismo motivo al tribunal militar que le condenó a muerte: “Mi padre es el hombre más cuerdo y honrado”, manifestó ante los jueces del general Franco con la hidalguía de un español arruinado. Los jueces desenvainaron sus espadas antes de dictar sentencia... Brillaban como ahora las espinas de las yucas al sol.

Me arde el cuerpo como a una de esas yucas. La historia penetra, punzante, en mi cabeza, que se bambolea en el ondulante camino que enlaza la retaguardia del frente con Alejandría, a bordo del jeep que Marcus Clachaig, corresponsal de la agencia Reuters, intenta gobernar con desigual habilidad.

—Maldita sea, no sé si llegaremos vivos —se queja Marcus—. Agárrate al salpicadero.

Avanzamos envueltos en el polvo que llegaba de las trincheras, a nuestras espaldas, y cegados por el sol que nos daba en la cara. La luz del desierto despierta en mí una ansiedad casi concupiscente. Acabábamos de dejar la posición de Amriah, a escasos kilómetros de la estación del Alamein, y los pensamientos abarcaban más que la arena. ¿Viviría aún aquel *soldado* devorado por las minas al que aludía la nota que acababa de leer? Sabíamos que su cuerpo había sido trasladado a un hospital de la Royal Navy.

—Te veo muy concentrado, Ken Brighton.

—Pensaba en el comunicado de prensa...

Al tratar de esquivar las dunas, Marcus gira el volante con excesiva brusquedad, de manera que las sacudidas del vehículo me impiden leer de nuevo la confusa versión oficial sobre aquel jinete que se había adentrado en las primeras líneas del Afrika Korps. Así que decido guardar el papel en el bolsillo interior de la cazadora, sin plegarlo, con el propósito de leerlo más tarde y con calma, y me limpio las gafas, de cristales oscuros, con las que me protejo del inclemente sol y de los remolinos de arena. Lo veo todo más claro y mis ojos se obstinan en ir más allá del espejismo. Recobrada la transparencia, tengo la impresión de que hasta puedo leer mejor las líneas torcidas de la memoria. El mismo ardor del paisaje hace que empiece a hablar como afectado por un alucinógeno, o eso, al menos, me parece, al escuchar mi voz que retumbaba en el parabrisas:

—Cuando estuve en la guerra de España, oí hablar de un guerrero que actuaba de la misma manera que lo hizo ese soldado que se enfrentó con su caballo a los Panzer de Rommel.

Mis palabras despiertan de golpe el interés de Marcus Clachaig, que agarra el volante con sus pecosas y gigantescas manos de lagarto, inmovilizado el gesto por la férrea voluntad tensada en su mandíbula de guerrero celta.

—¿Tú también deliras? —pregunta mi compañero de viaje sin perder de vista el pedernal en el que avanza el jeep.

Negué con la cabeza.

—Se llamaba Demetrio Anciles.

Marcus gira su cuello con lentitud y mira al asiento de atrás, donde reluce la carcasa de su Leica medio enguantada en una funda; nunca la perdía de vista. Añade un resoplido.

—Demetrio, ¿no?

—Era un contumaz revolucionario.

Detecto en el rostro de mi colega un pasmo similar al que se asomaba a sus ojos cuando los aproximaba al objetivo de su cámara antes de registrar uno de esos momentos que parecen reservados en exclusiva a los periodistas.

—Necesitas descansar —me observa de reojo. Se encabritó el jeep—. Pronto dormiremos entre sábanas y nos zamparemos media docena de pichones con beicon. Piensa por un momento en lo que nos espera. Piensa en comer, dormir y follar.

—Es cierto cuanto te digo, Marcus.

—Te creo, Ken Brighton...

Siempre pronuncia mi nombre al completo, con una solemnidad socarrona. Muy británica, por otra parte. Lo solía hacer para llamar la atención por algo irrelevante, como quien da una palmadita en la mejilla para dejar su impronta de afecto. Me parece un buen tipo, aunque algo burdo.

—No hay ser más revolucionario en el mundo que un anarquista español —sentencio, con los ojos puestos en la línea del horizonte.

—Te sentarán bien unos días en Alejandría —Marcus se relame los labios. Escupió. El gargajo salta por encima de la portezuela y forma una burbuja de color verde en la falda de una duna—. ¡Prometo no probar la cerveza egipcia! ¡Cebolla podrida! ¿Cómo se las arreglará esta jodida gente para destilar laapestante cebolla? ¿Tú también la detestas, verdad? —no respondo, ni le miro—. Me recluiré como un devoto ermitaño en el Club del Desierto. No me importará confundirme con laapestosa y jodida elite del ejército británico. Me colgaré de una oreja el carné de prensa. —Vuelve a mirar a la Leica—. Buena comida. Cerveza negra. Irlandesa. Templada. Una lista de hermosas mujeres reservadas para gente exclusiva. Para mi polla exclusiva. Egipcias con pedigrí. A veces tienes la fortuna de encontrarte a alguna somalí. ¡Ah, quién pudiera! Las mujeres más bellas de la tierra. ¿Te has tirado alguna vez a una somalí? —sonrío, sin dejar de escudriñar la borrosa línea que separa el sol de la tierra—. Cuando la metas en caliente se acabarán tus obsesiones. No hay nada tan excitante como el gemido de una somalí cuando cabalga sobre su vientre. Eso sí es cabalgar, Ken Brighton. Nada que ver con lo de ese anarquista...

—No cuentes conmigo en esta ocasión. Tengo que ir al hospital.

—En serio, ¿le conociste de veras?

Reparo en la intensidad rosácea de las pecas que tiñen su frente, en su nariz aguileña y en su barba rojiza que casi le cubre por completo el rostro asalmonado por el sol.

—No. Conocí a su hijo —Marcus se adorna con un extraño guiño bajo las cejas pringadas de polvo—. Y tengo el presentimiento de que el soldado sudafricano del que se hablaba en Amriah y el hijo del anciano anarquista son la misma persona.

2

Como ya dije, aparte bulos y conjeturas disparatadas, no se había dado ninguna otra explicación oficial sobre el suceso. Algún militar aireó, en la cantina militar en la que nos habíamos detenido unos minutos antes de abandonar Amriah, que al soldado *suicida* le tuvo que arder la sangre en un momento de descontrol y que el estruendo de los proyectiles habría excitado de tal manera a su caballo que, nada más sentir éste la mordedura de las espuelas, se elevó sobre sus patas, relinchó y se irguió como un perro rabioso antes de lanzarse al galope en las llanuras de Miteiriya (por cierto, en las estribaciones de esa sierra tenía su cuartel general la división italiana Littorio, la misma que entró triunfante en Alicante, a finales de marzo de 1939, mandada por el arrogante General Gambará).

Luego de saltar sobre las trincheras, el *sudafricano* y su caballo desbocado, lustroso como un gigantesco ópalo, se adentraron en *the devil's gardens*, plagados de mortíferos tulipanes enterrados bajo la arena. Al más mínimo e insignificante tacto, las *tellerminas* hacían saltar por los aires a hombres y máquinas. Lo más probable era que el caballo, “un hermoso ejemplar egipcio”, se jactaba quien hablaba, “tal vez descendiente de los que trajo a estas tierras el gran Alejandro”, hubiera sido amaestrado para vadear los *jardines*, en cuyo caso el jinete tenía que ser un experto en minas (en realidad, Pedro Anciles lo era). Esquivaba proyectiles como poseído por una colosal destreza. Al galope, el jinete esgrimía una especie de espada en la mano, que nadie acertaba a explicarse de dónde la había sacado, y vociferaba consignas en un idioma desconocido. Alguien, un *kiwi*, dijeron, un neozelandés que había trabajado como ingeniero en una mina de Chile, desveló que el *excéntrico jockey* se arengaba

a sí mismo en español como un loco ardiendo en su propia hoguera. Incluso se llegó a comentar, en tono de parodia, que Bernard Law Montgomery se interesó por la suerte de aquel desconocido al que llamó *perturbado*. Cuando se le informó que jinete y corcel fueron derribados cerca de la primera línea de cañones antitanques del ejército del Eje, Monty suspiró hondo. Y a continuación dijo con sorna: “¿No decía Winston Churchill que echaba en falta en esta guerra las cargas de la caballería ligera?”.

Pedro Anciles amaba a los caballos. Dos nombres estaban marcados en su memoria de forma indeleble: *Rojo* y *Tolstoi*. A lomos del primero hizo sus paradas triunfales cuando pasaba revista a las tropas acuarteladas en el campamento del Maestrazgo. *Rojo* se asomaba a la ventana de su Cuartel General en las vigiliadas de la derrota final, cuando todo se había perdido y él se empeñaba en negar la evidencia. “Supe que lloraba al otro lado de los cristales”, dejó escrito en cierta ocasión. A *Tolstoi* lo montaba su padre; representaba para él el honor inmarchitable. Pero del caballo que arremetió contra los tanques alemanes e italianos yo sólo sabía, por lo escuchado en Amriah, que era negro. Todos los caballos a los que Pedro amó eran negros. Decía que el negro era la indumentaria del honor y de los pobres. “Los caballos blancos están reservados para los héroes, y yo no lo soy”. Él se identificaba con el sufrimiento y la tragedia.

Unos días antes del suceso, yo había podido enviar a mi periódico una crónica momentos después de que Bernard Law Montgomery ordenara la ofensiva *Supercharge*. La redacté en una tienda de campaña que había habilitado para periodistas la oficina de prensa del Cuartel General Táctico. En ella desvelaba alguna información confidencial: Winston Churchill había montado en cólera tras ser informado de que las primeras oleadas de tanques *Sherman* contra las posiciones de Rommel—*Operación Lightfoot*, unas semanas antes— no habían cumplido

el objetivo previsto de arrasar al enemigo. Creo —así lo hice constar en mi despacho al *The New York Times*— que llamó poco menos que blandengue a Montgomery, y éste, enfurecido por la reacción de su Primer Ministro, decidió emprender un nuevo y furibundo ataque en Kidney Ridge. Yo estuve allí, en primera línea, para contarlos...

Pero ahora lo que me obsesiona es la hazaña de aquel fantasmal jinete. Persuadido como estoy de que la nota que obra en mi poder es una versión minimizada de la historia que había escuchado en la guerra de España, reavivo las enardecidas cabalgaduras del viejo jinete revolucionario contra las tropas del General Franco. Y al hacerlo, no puedo evitar que las facciones desencajadas de su rostro se perfilen idénticas a las del soldado que acababa de ser abatido por las baterías antitanques, o por las minas, extremo que aún desconozco, del Afrika Korps. Llega a crecer de tal manera mi desasosiego cuando esas imágenes se superponen, que el semblante del militar *sudafricano*, que a buen seguro yacería malherido y borracho de morfina en un hospital de Alejandría, adquiere de inmediato las facciones del hijo de Demetrio imitando las proezas de su padre: Pedro Anciles se me aparece transfigurado como el hijo recién nacido de un dios. ¿Quién más que él podía ser el loco enfebrecido del que se hablaba?

—¡No puede ser otro! ¡No es un soldado sudafricano, como se asegura en el comunicado! ¡Es *The Spaniard*!

Durante varias decenas de metros, Marcus conduce a ciegas, pendiente de mi exaltada mirada. Enseguida despunta en sus ojos la perspicacia del periodista ante una noticia deslumbrante.

—¿Es cosa tuya lo del sobrenombre?

—Hace tiempo, nada más regresar de la guerra de España, escribí varias crónicas sobre él. Su fotografía apareció en la portada de un *magazine* de mi periódico a todo color. Uno de nuestros ilustradores dibujó su rostro crispado por la rabia y el coraje. Le salió perfecto. Un héroe de cómic al que le brillaban los ojos e hincaba con furia las espuelas en el vientre del caballo.

El animal, empinado, relinchando. El hombre, con el sable en alto; y un destello de luz en la punta del alfanje.

—Eres un jodido embaucador, Ken Brighton, pero te creo.

—Lo bauticé así. *¡The Spaniard!* Llegó a hacerse famoso entre mis lectores. “El destello en la punta del alfanje”. Era precioso el dibujo. La imagen enaltecida hacía justicia a un hombre valiente y orgulloso.

Las imágenes llegan bañadas por una brisa sorprendentemente húmeda. Estamos ya cerca de Alejandría. Del delta del Nilo, aún oculto entre sedientas colinas, se levanta un rumor de paz cargado de sal.

Marcus Clachaig y yo nos habíamos instalado semanas atrás en un poblado cerca de Amriah que el Octavo Ejército Británico usaba como dispensario, almacén de provisiones y cementerio. Estaba a mitad de camino entre Alejandría y lo que quedaba de la estación de ferrocarril del Alamein. Era un caserío deshabitado. Las cabras, las ratas y los zorros también habían huido de los tanques del Afrika Korps. Allí nos las arreglamos como pudimos para habilitar un cobertizo en el que nos guarnecíamos del frío de las noches. Tumbados en catres de yeso y envueltos en mantas, nos dejábamos acunar por los tintineos de las estrellas sin reparar en el estrépito de los obuses que escuchábamos a lo lejos. Sólo teníamos que cuidarnos de las cerastas y de los escorpiones. Las cerastas silbaban a distancia su veneno y a los escorpiones los engañábamos con ratones muertos a los que hincaban sus tenazas. En el interior del edificio en ruinas había una pequeña mesa que utilizábamos como escritorio. Antes de acostarnos, poníamos en orden nuestras notas. Marcus redactaba las crónicas a mano, en una pequeña libreta. A la luz de una vela relucía la esquelética arquitectura de mi vieja Underwood. Su cuerpo cilíndrico formaba un escorzo de penumbra en aquel hediendo agujero. Los ojos nacarados de sus teclas brillaban como las antenas de las serpientes venenosas que nos acechaban desde cualquier rincón de la oscuridad. Cuando el cansancio nos abrumaba hasta el límite de nuestra resistencia, recorriamos las algo más de cincuenta

millas que nos separaban de Alejandría y nos zambullíamos en sus playas. Luego, nos encerrábamos en una habitación del hotel “Sudán”, aupado sobre una colina rocosa. Lo mismo que nos disponíamos a hacer ahora. Dormíamos diez, quince, veinte horas seguidas. Una mujer árabe que ocultaba su rostro, menos sus ojos verdes, con un velo nos despertaba cuando dormíamos más de lo habitual. Nos subía algo de comer: leche fría, pasas, dátiles; pichones asados con beicon, nuestro manjar favorito. De vez en cuando, media docena de huevos aún calientes –nos los comíamos crudos– que los beduinos canjeaban por collares de bisutería. Marcus, más avezado que yo en estos trapicheos con la población autóctona, poseía un pequeño cofre con abalorios adquiridos en un zoco de Malta, de cuando estuvo por allá.

Pero incluso en esos días de aparente bonanza en el “Sudán” nuestras miradas estaban siempre pendientes por si volvía a crepitar el volcán del frente. La señal de alarma era un unguento gris y pegajoso que embadurnaba el cielo. Si aquella nube avanzaba sobre el mar, la ofensiva era cierta, así que recogíamos precipitadamente los bártulos del hotel y emprendíamos el regreso hasta nuestra madriguera en Amriah. El humo negro y denso presagiaba que los disparos habían alcanzado tanques de combustible. El aire, entonces, se hacía irrespirable. Por la noche, nos aplicábamos unas chapuceras mascarillas en los rostros, y con los ojos en blanco nos dejábamos hipnotizar por la bóveda celeste antes de rendirnos al sueño.

El jeep avanza ahora como un velero en el mar de arena rizada por el viento. Creo que ha llegado el momento de ahondar en las razones de mi presentimiento. Marcus me mira de reojo, sin dejar de agarrar el volante, como si se sintiera encañonado por alguien.

–Hace algo más de tres años y siete meses, alguien me contó en España la gesta temeraria de un hombre, frizando la ancianidad, avezado jinete, que iniciaba los ataques a las tropas de Franco al grito de “¡Viva la libertad!” y espoleando su caballo negro contra la vanguardia del enemigo. Los soldados

lo seguían a ciegas, vociferantes. Era el espectro de la victoria por llegar. Después de sobrevivir a decenas de combates y de sufrir innumerables heridas, de las que siempre se recuperaba a tiempo para no faltar a sus citas con la muerte, al anciano le alcanzó la metralla de un mortero y murió tras una batalla encarnizada, ya cuando la guerra agonizaba. Con él, y con su caballo, también muerto, se derrumbó el símbolo de un sentimiento romántico que alentó durante años la causa de la República Española. Su idealizada imagen anidó en mí durante mucho tiempo... Lo enterraron un día helado. En una fosa que los milicianos abrieron en un valle cubierto de nieve en los desolados campos de la alta Castilla, en el corazón de España. A él y a *Tolstoi*; así se llamaba su corcel. En el mismo hoyo. Juntos, como siempre habían luchado.

—Bonita historia —admite Marcus.

—Ahora lo que me preocupa es saber lo que le haya podido ocurrir a su hijo.

—¿Tan seguro estás de que se trata de él?

—¿Quién si no?

Éramos dos seres confinados en un laberinto de arena y sol, envueltos en el zumbido de un vehículo embarrado como un buzo recién salido del fondo de una ciénaga. Dos seres extraños y pervertidos por una clase de masoquismo periodístico que nos hacía, a veces, excepcionales. Estábamos conectados al mundo por un cordón umbilical a través del cual recibíamos del exterior los impulsos más primarios para mantenernos vivos como vegetales, con tinta en vez de sangre, y habíamos sido metabolizados para resistir con cierta, a veces elegante, lo admito, estoicidad el punzón venenoso del miedo y transformar la actividad mental de nuestros cerebros, aquejada del síndrome vírico del romanticismo, en eso que los mortales llamaban, un tanto prosaicamente, *crónicas de guerra*.

Marcus había nacido en Sterling, Escocia, y la Reuters lo había destinado al frente de África desde mucho antes de que

el Mariscal Rommel arrollara a las tropas británicas en Tobruk. Le conocí el día en que Montgomery giró visita al Sexto Batallón del Regimiento Real de Tanques. Fuimos dos de los escasos periodistas testigos del momento en que *Monti* saludaba al personal que le vitoreaba desde la escotilla de un viejo tanque *Grant*. El objetivo de su Leica captó aquel momento. Precisamente el nombramiento del Teniente General Bernard Law Montgomery como Comandante en jefe del Octavo Ejército fue lo que determinó que mi periódico me destinara a cubrir el frente informativo en el norte de África. Todo se precipitó como en un abrir y cerrar de ojos. Igual que cuando me enviaron a España años atrás. Una gélida y luminosa mañana de marzo de 1942, el editor me hizo llamar, comparecí en su despacho y, nada más sentarme frente a él, aireó con su mano el pasaje en el barco.

—¿Qué te preocupa? —pregunta Marcus.

—Tiene que estar vivo.

—Pronto saldrás de dudas, ¿no?

Yo sabía que, durante los últimos dos años, Pedro Anciles había estado dando tumbos por Sudáfrica, adonde llegó después de un largo viaje bordeando la costa atlántica en un barco con pabellón americano que había zarpado de Barcelona meses atrás. También supe que anduvo por Ciudad del Cabo y Johannesburgo. Tal vez vivió en alguna otra ciudad, extremo que desconocía pese a la intensa correspondencia que mantuve con él durante muchos meses.

—Desde que abandoné España, nos carteamos con una periodicidad casi metódica. Pero llegó un día en que perdí su pista. Creí que había muerto. No he sabido de él desde entonces

—Marcus se esfuerza por entender el tono nostálgico de mis palabras. Yo deseo transmitirle que la historia de aquel hombre forma parte de un tramo de mi existencia especialmente intenso—: Son experiencias arrancadas al dolor y a la esperanza.

—Entiendo.

Marcus fija sus ojos en el horizonte, seguramente extrañado de que ese tipo de sentimientos brote en un paisaje tan

inhóspito. Guarda silencio, como si buscara una sombra en la que detener su mente, y dice:

–Yo también tuve una corta experiencia en la guerra de España. En Barcelona. El día en que la gente salió a la calle para despedir a los brigadistas. Fue muy emocionante.

–En esa guerra se enfrentaban ideales.

–Desde luego, no tiene nada que ver con esta mierda.

–No es eso solamente. Había cosas que no pueden explicarse. En la guerra de España la tragedia estaba más en el corazón de quienes luchaban que en los campos de batalla...

Hacia poco más de tres meses que yo había llegado a Alejandría tras un agotador viaje desde Nueva York que me obligó a cruzar el Atlántico sur, recalar en Ciudad del Cabo y bordear la costa africana oriental hasta el Canal de Suez. Los dos meses largos de soledad en el mar, a bordo del mercante “Birds Eye View”, me dejaron postrado en la más absoluta inanición del alma. Pasaba horas interminables en cubierta. Por las noches, envuelto en una manta, me dejaba apaciguar por la nieve inmóvil de las estrellas. Conforme me adentraba en el horizonte austral, me animaba pensar que pronto sería testigo de la feroz batalla que libraban los dos ejércitos mejores pertrechados para luchar en el desierto con ánimo de conquistar la ruta del Canal de Suez, el camino más directo a los pozos de petróleo del Oriente Medio y del Golfo Árabe. Yo iba a estar allí, en el ombligo de ese vientre ensangrentado, a solas ante un folio en blanco que aguardaba los impulsos de mi inspiración. Me aguardaba la gloria. Era el sueño del que despertaba.

Cruzar el océano hasta el cono sur de África era el viaje más largo que podía hacerse entre las opciones que barajaban los mandos militares norteamericanos, pero lo aconsejaba el temor a los ataques de los submarinos alemanes que torpedeaban a los convoyes aliados en el Atlántico norte. En las cubiertas de nuestros barcos se silueteaban las torretas de los flamantes

tanques Sherman, las ágiles orugas metálicas destinadas a cambiar el rumbo de la guerra en el desierto.

Yo iba, en efecto, en uno de esos buques, y durante la escala que hice en Ciudad del Cabo, primero, y más tarde en Port Elizabeth, mantuve la esperanza de disponer de unos días de tiempo para trasladarme hasta Johannesburgo y conocer a la familia de Wilfred Montesza, sobre la que tantos comentarios había volcado Pedro Anciles en sus cartas. Sabía que no podría encontrar a mi amigo en un país que constituía para mí un puro misterio, pero me azuzaba la curiosidad por conocer los ambientes en los que había logrado poner en paz a su conciencia, aunque no estaba muy seguro de ello. Estaba convencido, eso sí, de que el círculo judío de los Montesza le había prestado una gran ayuda en los momentos más difíciles, de ahí mi interés por entrevistarme con un portavoz de esa familia, de la que sólo sabía que era un poderoso clan asentado en el país desde hacía más de un siglo. Pero, sobre todo, mi curiosidad se desbordaba por conocer a dos mujeres a las que Pedro se había referido en alguna ocasión en sus cartas con una delicadeza muy especial: *Doctoramiel* y *Sefarat*. Quería desenmascarar a toda costa los enigmas que encerraban. Y digo bien: se trataba de dos nombres misteriosos, mucho más en la cuidada, casi académica, caligrafía de Pedro. Hasta el extremo de que, cuando la correspondencia con mi amigo se interrumpió y perdí su pista, vaticiné que *Doctoramiel* y *Sefarat* –“El nombre de mi madre tierra”, dejó escrito entre líneas en algún momento– eran la misma mujer, y albergué la esperanza de que ella, quienquiera que fuese, pudiera atenuar la aficción que lo tenía postrado desde la trágica muerte de Alba Lledó.

–Y no lo pude averiguar –mascullo.

Marcus me escucha, pues gira la cabeza y frunce el ceño, sin entender el significado de mis palabras.

–¿Decías?

–No, nada.

Yo sigo en mis cábalas.

El mismo Pedro me había comentado en una de sus cartas,

muy vagamente, la posibilidad de alistarse en el ejército de Sudáfrica. ¿Aprovechó a ciegas una nueva oportunidad de luchar contra el nazismo? Nunca logré confirmar que lo hiciera. Tal vez su amistad con los Montesza lo hizo especialmente sensible para combatir los planes de Hitler de invadir Palestina y culminar su meticuloso plan de exterminio de judíos. *Y allí estaría el Mayor Anciles para tratar de impedirlo...* De nuevo Don Quijote luchando contra los molinos de viento. Lamentablemente, al no poder entrevistarme en Johannesburgo con los Montesza, me fue imposible despejar tantas dudas sobre la suerte de mi amigo. La guerra se había alzado entre nosotros como un muro inexpugnable. Sin embargo, nunca perdí la esperanza de que quizá le encontraría en algún lugar del frente.

A veces, mi fijación por esa eventualidad me hizo pensar, cuando me adentraba con el convoy americano en el Mar Rojo, que la aventura que había iniciado en Nueva York tenía más que ver con el propósito de resucitar de entre los héroes muertos a mi viejo *Spaniard* que con mis anhelos de dar testimonio de cuanto acontecía en el convulso rincón del planeta al que me dirigía. O tal vez se trataba de un doble compromiso que echaba raíces todos los días en mi interior: ciertamente, mi nuevo frente bélico se extendía desde la línea del ferrocarril del Alamein hasta las arenas movedizas de Qattara, mas no podía evitar que en mis sentimientos siguiera vibrando el recuerdo de la última barricada en la Guerra Civil española. Y en ella seguían resonando ecos de himnos que me conmovían. Sombras de hombres y mujeres moviéndose como peces sorprendidos por una gran linterna.

Una de esas sombras aparecía siempre acompañada de una melodía que sonaba con especial delicadeza en la caja de resonancia de aquellas frías y solitarias noches oceánicas. Cuanto más me aproximaba al desierto, la mágica nota saltaba en la orquesta del espacio como la tecla más afinada de un

piano: Luisa. Yo amaba a esa mujer desde hacía tiempo, pero jamás llegué a decirlo en voz alta y tan claro como entonces.

Su imagen se me aparecía por las noches en el páramo donde las ballenas escogen las rutas hacia sus lechos de infancia. En los momentos de mayor aislamiento, a veces tiritando de frío en cubierta, sólo me alentaba su presencia imaginada despidiéndose de mí en las playas de Alicante, en la proa de los balnearios que se adentraban en el mar, abrazándonos apoyados en la baranda salpicada por la espuma de las olas, su cuerpo deshaciéndose entre las veladuras del anochecer, y su beso memorable y único que propagó en mi piel un escalofrío eterno. Durante mucho tiempo había intentado borrar su figura de mi memoria, pero cuanto más empeño ponía en olvidarla con más fuerza se reproducía el soplo cálido de sus labios y el miedo que, desde entonces, atenazó mis palabras. En aquella incomparable y a la vez amarga noche se hizo forma en mí la unión simbiótica de mi carne con la suya, pero también empezó a crecer una cobardía sin rostro envuelta en un silencio que me ha estado devorando desde entonces sin que yo lo supiera.

Tal vez esa misma fuerza incontrolable sea también la única explicación de que el nombre de Luisa se haya cruzado tan inesperadamente en el camino hasta el hospital donde yace *The Spaniard*, confío en que vivo, de la misma manera que lo fue cuando se apareció en la cubierta del buque que me llevaba a las trincheras del norte de África. Nunca como durante aquella travesía del océano se hizo tan presente en mí el ansia de poder reunirme con ella en España. De *rescatarla* para siempre. Había jurado hacerlo muchas veces, tantas como había quebrantado el anhelo de ir en su busca, pero no tuve la certeza de que podía conseguirlo hasta que identifiqué sus ojos negros con los mensajes que lanzaban los meteoritos durante las noches de soledad en el mar. Yo también libraba una gran batalla en el océano tintado de gris por las ballenas. Aún tenía pendiente de escribir la crónica más importante, la que tenía que reconciliar mi conciencia con su recuerdo.

Al final de este desierto, más allá de Alejandría y de las fronteras con la guerra y con la gloria, me esperaba, en el viaje de regreso a los Estados Unidos, una página en blanco en el rodillo de la Underwood; y no podía desaprovechar la oportunidad de escribirla.

Pedro Anciles desconocía aquellos sentimientos. En realidad, él jamás había oído hablar de Luisa Portell. Era mi secreto particular, apenas comparable a los que él me había estado ocultando durante tanto tiempo. Tal vez el miedo a su reacción de rechazo, por las vinculaciones políticas de Luisa con la Falange, me obligó a ser prudente en extremo. Todas esas cautelas se me antojaron absurdas. Así que aproveché la travesía del Atlántico para escribirle varias cartas en las que le revelaba mi amor por aquella mujer, la pasión que había vuelto a prender en la paz de mi soledad. Me urgía la necesidad de contárselo. Para evitar los retrasos del correo militar, las eché —al menos eran tres cartas, creo recordar— a un buzón de Ciudad del Cabo, en la misma central de correos, nada más pisar tierra sudafricana. Llevaban la dirección de Wilfred Montesza en Johannesburgo, que había podido conseguir unos días antes de embarcar en Nueva York y después de superar no pocas dificultades: llamadas telefónicas desde la centralita de mi periódico, contactos al más alto nivel... Incluso diplomáticos, con intervención directa de mi editor. No obtuve respuesta de mi amigo. ¿Qué fue de aquellas cartas? Me hice muchas veces esa pregunta. Nunca supe de ellas, no...

En el parabrisas del jeep se ha dibujado la perfecta arquitectura de un arco de lodo sobre el cristal. La voz de Marcus Clachaig me devuelve al desierto.

—Estamos llegando. ¿Sigues en tus trece de ir al hospital?

—Sí.

—¿No te apetece, antes, un baño en la playa? Unos pichones con beicon... Huevos calientes. Una somalí de ojos verdes...

Dejo que Marcus siga soñando. Pero ¿quién es realmente el que sueña?

Es el 5 de noviembre de 1942. Cuarenta y ocho horas antes, nuestro cubil en Amriah empezó a temblar como sacudido por un terremoto. Se acababa de informar a los destacamentos que repoblaban fuerzas en el poblado que el Octavo Ejército se disponía a lanzar la ofensiva final. Las fuerzas de refresco entrarían en combate enseguida. Apenas pudimos resistir unas horas en aquel infierno. A primera hora de la mañana, nos pusimos en marcha después de recoger mi Underwood y de embutir mis enseres más elementales en la mochila. Marcus logró hallar entre los escombros su preciado *código de etiqueta*: un pañuelo de seda, de color verde, que solía anudarse al cuello. La prenda poseía un valor simbólico incalculable, puesto que lo acreditaba como miembro del Club del Desierto —un local situado muy cerca del Cuartel General de la Royal Navy, frecuentado por oficiales del ejército y algunos periodistas emparentados con la alta oficialidad— y lo convertía en un ciudadano seleccionado por la fortuna; en efecto, aquel pañuelo era algo así como su contraseña para pasar de la guerra a los placeres de la vida.

Busco en el interior de la cazadora y despliego otra vez el comunicado, aprovechando que la carretera se ha allanado. ¿Todavía existe alguien capaz de inmolarse con la inocente locura de los viejos caballeros andantes?, me pregunto.

Al divisar las riberas del lago Mareotis, al sur de Alejandría, la luz salta en pequeñas partículas desde el espejo de las aguas a los tejados de la ciudad y a las ruinosas almenas de los castillos que emergen en la bruma. Marcus acelera.

Hacia el este, decenas de silenciosas naves con velas en forma de pico curvo se deslizan en los remansos del Nilo. Más allá del Mareotis, se desvanece el desierto. En el momento de cruzar la vía del ferrocarril, el brutal zarandeo del jeep, a punto de volcar, y la daga del sol, que atraviesa los cristales ahumados de mis gafas, reproducen el espejismo en el que se ha estado recreando mi mente desde que abandonamos nuestra madriguera en el frente: Pedro Anciles, al galope de un caballo negro, atacaba a los Panzer del Mariscal Erwin Rommel con un sable en la mano. Es algo más que un presentimiento inexplicable. Él no quería suicidarse. Yo sé que está vivo.

3

A la misma hora de mi llegada, justo cuando las plegarias anuncian el crepúsculo desde lo alto de los minaretes, Alejandría aparece envuelta en la modorra de un gran templo cerrado. Sólo se oye el vocerío de los niños. Hay niños por todas partes y de todas las edades que corren, semidesnudos, en dirección a la playa o se pierden por estrechas calles con viviendas de adobe, de irregulares fachadas y tejados y pozos blancos cuyos calderos suenan al viento como collares de bisutería en el cuello de una danzarina.

El Hospital Militar quedaba lejos de las aguas del puerto, sobre las que planeaban constantemente los aviones procedentes del frente. La metralla había desconchado algunas paredes de la segunda planta del edificio, de aspecto colonial, con la bandera británica ondeando en la fachada de un porche de arcos ovalados. No es la única huella de la guerra. Alrededor de uno de los cráteres abiertos en la zona ajardinada, las greñas deshilachadas de varios tamarindos revelan que un avión había dejado caer un proyectil a escasos metros de la entrada al recinto.

Marcus Clachaig detiene el jeep en la misma puerta. Tras anudarse al cuello el pañuelo verde de seda, nos damos un abrazo. De su barba rala se desprenden diminutas nubes de arena.

—Que tus fantasmas sigan reavivándose llenos de salud.

—Gracias, Marcus.

Se despereza y su figura se descompone unos segundos. Luego abre el portón trasero para hacerme entrega de la mochila.

—Aguardo con impaciencia —dice, ya sentado al volante y en tono grandilocuente— el momento en que termines de contarme

la febril historia del jinete del caballo negro que cayó abatido por las aspas de los Panzer alemanes tras embestir contra ellas creyendo que eran los brazos de gigantes... Nos volvemos a ver en dos días. —Giró la llave de contacto y me hizo un guiño con su ojo derecho—. Yo me dispongo a buscar a mi soñada somalí de ojos verdes. Eso sí es pragmatismo, joder. Suerte.

Subo a saltos la escalera que da acceso al edificio. Tengo que identificarme ante un policía militar que me da el alto. De rostro impasible, mordiendo el cinto de la gorra, el policía inspecciona el fondo de mis ojos y hace un breve gesto con los suyos señalándome el camino. Entro en el vestíbulo, completamente vacío, y me planto ante el mostrador de recepción. Pulso un timbre de mesa y al poco tiempo aparece por una puerta una mujer joven con uniforme de enfermera.

Estoy excitado. Sin más prolegómenos, pongo mi carné de prensa encima del mostrador y la joven se impresiona. Me siento avergonzado por mi arrogancia, pero la recepcionista no toma mi gesto en consideración. Pendiente de sus labios, observo cómo silabea la lectura del documento: “Corresponsal de guerra, Nueva York”. Pronuncia de tal manera el nombre de la ciudad que creo que me sugería que le hablara de ella. Luego sonrío con coquetería. Le explico que deseaba ver a un soldado herido en combate. Como supongo que su nombre le resulta extraño, lo escribo en un trozo de papel que arranco de mi bloc de notas. Expreso con mis ojos todos los anhelos de las últimas horas. Pero la joven responde que no está permitido visitar a los enfermos graves, y la persona a la que deseo ver, recalca mirándome a los ojos y después de leer el nombre que yo había escrito en el papel, está muy grave.

La joven habla con un marcado acento escocés, y su rostro es agradable, aunque de expresión tímida. El almidón hace crujir las mangas del uniforme blanco que viste. Oculta su pelo bajo una cofia con vuelo que le cae por la espalda. Su aspecto es de una pulcritud inmaculada, casi excesiva.

—Permítame que le vea —suplico. Y añadido, juntando las manos—: Me he desplazado desde el frente sólo con esa

intención. Será suficiente un minuto. Perdí su pista hace más de tres años. Es un viejo conocido de la guerra de España. Necesito saber que está vivo.

En los ojos de la enfermera despuntó un brillo de curiosidad.

–Ya le dije que está muy grave.

–Sólo quiero saber si vivirá.

–Está bien, veré lo que puedo hacer, pero tendré que avisar al doctor que atiende al paciente.

–Hablaré con él si es necesario.

–Es una mujer.

–De acuerdo. Intentaré convencerla.

La joven hace un extraño movimiento con el cuello, sacudiéndose el vuelo de la cofia, apunta en una libreta mi nombre y a continuación, en el mismo papel en que yo había escrito el de Pedro Anciles, los números de la planta y de la cama, primera, diecisiete, al final del corredor.

–Le he escrito también el nombre de la doctora. El soldado está aislado.

–Gracias –respondo. Doblo el papel, sin leerlo, y lo guardo en el bolsillo de la cazadora–. ¿Puedo subir, entonces?

La recepcionista asiente con un gesto serio.

–Aviso a la doctora –se apresura a decir–. Será ella quien le permita visitar a su amigo. Aguárdela.

Recojo su mano sobre el mostrador, la beso y cierro los ojos. Mi reacción parece abrumarla.

–No encienda la luz.

–Descuide. Y gracias.

Nada más desaparecer la enfermera por la puerta, subo las escaleras hasta el primer piso y me apresuro a buscar el cuerpo de mi amigo. Al llegar a la puerta del pabellón tengo la sensación de que él está esperándome desde hacía mucho tiempo. Aguanto varias veces la respiración en el pasillo, envuelto en un olor a alcanfor y a orines. Algunos heridos emiten gemidos, como maullidos de gatos; se mueven entre sombras, se incorporan y agarran con sus manos los barrotes metálicos de las camas

como si fueran las rejas de una cárcel. Otros acurrucan las cabezas en las almohadas para ahogar en ellas sus sollozos. Nadie repara en mi presencia. Por los intersticios de las puertas se filtran delgados hilos de luz. Sólo mi instinto me orienta.

Tal como me había advertido la enfermera, el cuerpo de Pedro está aislado. Lo compruebo nada más llegar al final del pasillo. Por el marco de la ventana se escapan varias figuras geométricas de luz, un cuadrado que se disloca sobre los faldones de una sábana. Poco a poco me voy haciendo con el dominio de la oscuridad. Un biombo lo separa del resto de los heridos. Me sorprende que su cama esté encerrada en una especie de armazón transparente, un velo que cuelga de un punto del techo y cae a modo de una rígida tela de araña. Lo observo varios segundos sin poder distinguir con precisión las facciones del cuerpo, que respira con suavidad mecánica, semiabiertos los brazos.

Las vendas cubren su cabeza, torso, pies y manos. Me llama la atención un aparatoso muñón que sobresale en su oído izquierdo. Una de las piernas la tiene ligeramente levantada y descansa sobre un par de almohadones. Burbujea el gotero al que está conectado. Dos tubos de plástico le salen de la nariz; se descuelgan por los flancos de la cama hasta enlazarse con una botella de oxígeno. Me aproximo al cabezal. Rozo con la mano el velo con intención de apartarlo y de arquearme hacia donde reposa su cabeza. Chirría una puerta detrás de mí y desisto. Sé que es él, estoy convencido de ello, pero no acierto a ver sus ojos, sólo las uñas de los dedos de las manos, envueltas en un brillo cerúleo. Admito que la única posibilidad de identificarlo es constatar la emoción que me altera. Sólo por eso tiene que ser él, me digo, quieto, observándolo. Nada que fuese ajeno podía despertar en mí un sentimiento tan vivo. No sabía que era él, ciertamente, pero sí reconocía su lucha en medio del dolor. Me habla desde el otro lado de su angustia y yo le escucho.

–Toc, toc, toc, toc...

Sé que está vivo porque en la pantalla junto a la cama late un impulso ciego. Algo en aquel cuerpo se agita. Me aproximo y vuelvo a deslizar mis manos por debajo de la gasa, por si aquel movimiento fuera capaz de descubrir un aliento, quizá el temblor de sus pestañas inmóviles. Nada se mueve.

Hay un instante en que creo descubrir un estímulo nervioso que recorre de arriba abajo el pequeño espacio al descubierto de su frente. Detengo la respiración por si se repite aquel fruncimiento de la piel. Pero justo en ese instante una mano se posa sobre mi hombro. De manera tan imperceptible que pienso que quien la había alargado para advertirme su presencia se había tomado su tiempo para hacerlo.

Vuelvo la cabeza y entreveo en la penumbra un rostro de mujer esbozando una sonrisa piadosa. Sus ojos iluminan el rincón con las fuerzas justas para expresar el gozo inesperado de una bienvenida.

–¿Es usted Ken Brighton? –musita la mujer.

Asiento con la cabeza ante aquel perfil que había ahuyentado las sombras de repente.

Ella me sujeta del brazo para desplazarme hacia el pasillo. Aproxima sus labios a mi oído:

–Soy Sefarat.

Quedo perplejo, sin saber reaccionar.

–Está profundamente dormido –dice ella, pegando su índice a los labios–. Lo hemos sedado.

–¿Se salvará?

–Sí.

Caminamos a paso lento hacia la salida. No deja de mirarme desde sus brillantes ojos. Tarda algún tiempo en preguntarme:

–¿Te habló Pedro en alguna ocasión de mí?

Mis labios se abren para contestar, pero se quedan a medias. Muevo la cabeza con lentitud, desconcertado y feliz. Me inclino hacia ella para besarla en la mejilla. Si se trata de la persona que imagino, es lo menos que puedo hacer, me digo. Se agolpan recuerdos en mi mente: la primera vez que leí su nombre en una

de las cartas de Pedro, el hermoso significado de su nombre, el temor de mi amigo a desvelar el misterio que la envolvía.

—Lo hizo —respondo, y me ayudo con la cabeza—. Pero sus cartas se interrumpieron de súbito y nunca más supe de ti.

Giramos al unísono la cabeza en busca de la cama donde yace Pedro. A través del velo se clarean las gasas que apresan su cuerpo inerte.

—Vamos a dejarle descansar, ¿te parece? —Su voz es tan etérea como la sombra que la había precedido—. Creo que se da cuenta de todo y no es bueno que se emocione. Ya le conoces.

Me dejo conducir en la penumbra por el extraño magnetismo de su mirada. De repente, como si todos los enfermos se hubiesen apercibido de su presencia, cesan los gemidos y renacen mis dudas: ¿Serían Sefarat y *Doctoramiel* la misma persona? No podía ser de otra manera. Así era como la llamaban los mineros de Johannesburgo: *Doctoramiel*. Es tan melosa su voz, tan copioso su candor... ¿Lo había leído en alguna de las cartas? Tal vez es por la sensación que experimento al verla y oírla.

—Tú eres la *Doctoramiel*...

Alza la vista y responde cuando la luz del exterior ilumina del todo su rostro:

—Así me llaman.

Salimos a un largo corredor y nos intercambiamos miradas de asombro. Enmudecimos. En ningún momento deja de sujetarme del brazo, como si quisiera impedir que me marchara. Es una mujer de rasgos delicados y largos cabellos rubios y lacios. Está muy delgada. Sin embargo, tiene el rostro hecho de huesos redondos y suaves, lo cual hace resaltar las formas onduladas de sus labios, de un color rosado, como el de las aguas del Nilo al atardecer. El conjunto de su físico trasluce la fragilidad de las estatuas de escayola. No me atrevo a calcular su edad, seguramente por la vivacidad de sus rasgos y la sima de su ensoñadora mirada. No hay en su tez blanca ni el más

leve surco de una arruga. En cualquier caso no habría superado los treinta años. Todo en ella es calidez. Se desliza como habla: nada parece rozarla, ni las palabras cuando salen de su boca. Su sonrisa parece inagotable y está dominada por un foco de ternura. Sus ojos son extremadamente azules. Viste una bata blanca y de su cuello cuelga un fonendoscopio, inmóvil entre sus pechos menudos, que toca con sus manos como si se tratara de una ramita de incienso.

—Él me habló mucho de ti —dice—. Llegué a pensar que sólo sabía hablar de ti. Me alegro de que estés a su lado.

Bajamos por las escaleras centrales y me conduce hasta una pequeña salita con varias sillas alrededor de una mesa. Junto a la pared hay un mueble con estanterías repletas de medicinas apiladas en bloques y una camilla con sábanas blancas. Me dice que es la habitación que le han asignado durante el tiempo que permanecerá atendiendo al herido. De repente, me entran unas enormes ganas de saber algo más acerca de aquella mujer. Así que de nuevo hurgo en la memoria para recuperar la carta —¿o eran varias?— en la que Pedro me hablaba de ella, antes del mar de silencio en el que parecía haberse ahogado.

Empiezo a unir cabos sueltos: es evidente que los dos se habían alistado en el ejército por razones que aún soy incapaz de precisar del todo. Las de él constituyen una nebulosa, pero me atrevo a imaginarlas. Los motivos de ella se abren paso en mi cabeza conforme interpreto el alborozo que le ha causado encontrar al supuesto mejor amigo del hombre... *al que tanto parece amar*, me digo en mis adentros, convencido de que es así.

No podía ser de otra manera: ella estaba allí porque había decidido seguir las huellas de Pedro hasta las mismas trincheras del desierto. Una pregunta, inoportuna como un relámpago, irrumpe en mi mente: ¿Sabría Sefarat que aquel hombre había amado a Alba Lledó; conocía la existencia de la miliciana española que a punto estuvo de cambiar su vida?

—Nunca supuse que te encontraría aquí —digo, y desvío por completo aquel pensamiento.

—¿Y a él?

—Todo es previsible en Pedro. Siempre está en guerra.

Sefarat me mira como si fuera uno de sus pacientes. Por un instante creo que se compadece de mí, pero enseguida frunce el gesto y mira a la luz que se filtra por la ventana. Llego a la conclusión de que mi presencia la ha reconfortado de tal manera que me confunde con Pedro, y que es éste quien se halla frente a ella observándola como a un árbol en medio del desierto. Pero, ¿quién se ha aparecido a quién?

—Unos meses después de que Pedro se enrolara en el ejército —dice Sefarat, adelantándose a la respuesta de una pregunta que no me había atrevido a formular—, me alisté en la Cruz Roja. Y no cejé hasta conseguir que me incluyeran en una unidad médica destinada al norte de África.

Ella estaba al corriente de cuanto le había ocurrido a Pedro. Se había enterado de todos los detalles del percance en las dependencias del Cuerpo Médico sudafricano, donde trabajaba como facultativa, a pocos kilómetros de las trincheras. La noticia llegó primero al Batallón de los Carabineros Reales del Natal, a la que pertenecía el *Teniente* Anciles. ¿Teniente? A ella le causó extrañeza mi sorpresa.

Me confiesa, muy de pasada, que Pedro mandaba una pequeña patrulla de desactivación de minas. Él conocía como nadie los secretos mortales de los *jardines del diablo*. Los altos mandos de la Primera División sudafricana habían mostrado desde el principio un gran interés por su salud. La gravedad del herido aconsejó a los médicos que le atendieron al principio trasladarlo inmediatamente a un hospital en condiciones para que fuera sometido a una intervención quirúrgica. Era imprescindible para salvarle la vida. Sefarat parece gravitar mientras habla.

En el dispensario del frente se le practicó una cura de urgencia. A ella le dio un vuelco el corazón cuando reconoció al soldado que se desangraba en sus brazos. No, no podía abrazarlo. Y bien que lo deseaba.

Se estremeció al recordar el momento.

Ella limpió su cuerpo y lo vendó. Antes de abandonar el lugar, le inyectó una dosis de morfina para que pudiera soportar el dolor.

—Sufría tanto...

Temblaban sus labios. Durante el trayecto en el furgón hasta el hospital, en ningún momento la reconoció.

La propia Sefarat reveló a los mandos de la división sudafricana que conocía desde hacía tiempo al *Teniente Ansils*, como le llamaban en su unidad. Era un viejo conocido de su familia, amigo personal de su padre y residente en Johannesburgo, les dijo. Con esos argumentos, se le permitió que acompañara al herido en el convoy que lo trasladó hasta el Hospital Militar de Alejandría. Durante el viaje, Pedro Anciles recuperó el conocimiento y pidió varias veces agua. En ningún momento pensó ella que era consciente de lo que decía: “Sólo un débil aliento le hacía abrir los labios; en el momento de sorber líquido, también abrió los ojos”. Pero ella sabía que no la podía ver, ni oír su voz. Jadeaba y sacudía la cabeza con leves estertores.

—El *Teniente Ansils* ingresó en el hospital hace poco más de setenta y dos horas —dice Sefarat, como si quisiera poner punto y final a esa parte del relato—. Estaba más muerto que vivo.

Nada más llegar la ambulancia al Hospital, el soldado entró en el quirófano para ser sometido a una múltiple operación quirúrgica. Sefarat fue uno de los doctores que intervino en ella. Nunca se separó del cabezal de su cama. Fue la primera una larga y angustiada noche, recuerda cubriéndose el rostro con las manos.

A las pocas horas de la operación, se recibió en el Hospital una llamada telefónica del General Dan Pienaar, jefe de la Primera División sudafricana, interesándose por la salud del soldado. Habló personalmente con la doctora.

—Me dijo que era un valiente —recuerda Sefarat—. Conocía personalmente a Pedro. Estaba impresionado por su acción

contra el enemigo y me rogó que le tuviese informado en todo momento de su evolución. También se comprometió a visitar al herido en el Hospital cuando se lo permitieran sus obligaciones en el frente. Me pareció un hombre sincero. “Seguro que este bravo soldado se sentirá orgulloso cuando sepa que ha servido a la causa de una gran victoria”, me dijo. El General estaba eufórico por el desenlace de la batalla. Por él supe también que las tropas alemanas se batían en retirada.

Pedro Anciles tiene el costado derecho abierto, los pies y los brazos carbonizados, trozos de metralla en la cabeza y en la cara, explica Sefarat. Algunos médicos –ella mantuvo desde el principio la esperanza de que el diagnóstico estuviera equivocado, como así fue– creyeron que perdería la visión en el ojo izquierdo. Una de las heridas le había afectado el nervio óptico. Pero era un hombre fuerte y resistió los primeros embates del tratamiento. Ella le hablaba constantemente, aunque supiera que no la escuchaba. Acariciaba su frente, sus manos inertes, cuando se encontraba a solas con él. Le hacía las curas con la escrupulosidad de una enfermera primeriza. Y por las noches lo velaba en el cubículo que le habían asignado en la esquina del pabellón.

–Creo que Pedro supo siempre que alguien estaba junto a él –la emoción turba su voz conforme hablaba, pero se rehace elevando la cabeza y sacudiendo el pelo–: Es posible que hasta llegara a identificar las caricias de mis manos. Sé que ha encontrado la paz que buscaba. A veces abría el ojo sin vendar. Yo percibía que le llegaban mis emociones.

–Le has salvado –digo, conmovido.

–Vivo para él.

Hay una rendija en el techo del quirófano. Ella mira al techo para señalar el lugar. Hace nueve meses, dice, se produjo una incursión aérea de los alemanes. No tuvo consecuencias graves. Ella estaba entonces en Johannesburgo. Alguien se lo contó. Vivía con sus padres en una hacienda con criados negros y caballos andaluces. También me habló de un rancho cerca de Pretoria donde las estrellas están *más cerca de la tierra y brillan*

más. Pronunció su nombre, *Kokerbooms*, y me pareció que lamía con sus labios el final de la palabra.

Al anochecer, salimos al jardín del hospital. Caminamos entre tamarindos. Están a punto de secarse. “El ejército los trajo de la India”, dice. Pone los ojos en blanco y vuelve a recordar que una cicatriz parte en dos el techo del quirófano.

—Mientras operábamos a Pedro, la luz se filtraba por arriba. A través de esa rendija, yo podía ver la luz de la luna deslizándose sobre las sábanas. Aquella luz no se apagó.

Sobre el crepúsculo se recortan los dientes de varios minaretes. Tuve la sensación de que somos nosotros quienes emiten plegarias en el mar. A lo lejos, los barcos surcan el delta. Recortan con las tijeras de sus velas el aire denso del Mareotis. Nuestras palabras son el viento; nuestras cabezas y brazos, las velas quietadas por el cansancio del sol.

Yo deseo conocer sus pensamientos. Ella también pretende averiguar los míos. En la base naval se siluetean las arboladuras de los barcos de guerra, y en los manglares del delta se enreda la algarabía de las zancudas.

Caminamos desde el jardín a la recepción y regresamos a la oscuridad en la que él exhibe su fragilidad. Sin dejar de sujetarme el brazo, ella se adelanta unos centímetros y abre un hueco por debajo del último pliegue de la gasa para agarrarle la muñeca y tomarle el pulso.

—Duerme profundamente.

Acercamos nuestras cabezas a su pecho vendado. Los compases amortiguados de su corazón, reproducidos en la pantalla, interceptan imágenes en la penumbra de nuestras memorias: la primera vez que él se apareció en nuestras vidas. A ella, en el dispensario de la Crown Golden Mines, en Johannesburgo. En sus ojos brilló la nostalgia. Pedro había acudido para que el médico de guardia le revisara una herida en el costado a punto de cicatrizar, me confesó. Yo desconocía ese hecho, pero no pregunto. La dejo hablar. Ella era el médico

de guardia. Era una mañana soleada, recuerda. Suspira:

–Creo que me enamoré de él cuando le vi asomarse por la puerta –dice sin atisbo de rubor en su rostro.

–A mí se me cruzó en un camino de La Mancha.

Sefarat recompone el vuelo de la gasa sobre el camastro. Me observa y roza su mejilla en mi hombro.

–Lo sé. Unos días después de que la aviación italiana arrasara su campamento. Fue el último en rendirse.

–Ya veo que él te lo contó.

–Sí. Dejémosle dormir.

Estaba hambriento y la humeante olla de patatas y berenjenas cocidas hace aumentar mi apetito, de modo que empiezo a comer con tal avidez que hasta la propia Sefarat permanece atenta largo rato a los movimientos de mi cuchara y de mi mandíbula al masticar. Me observa con los labios entreabiertos, como si fuese un personaje de ficción que cobra ante sus ojos inocentes una dimensión real. Aquella mujer me colma con su bondad en un rincón de la cocina del hospital donde nos habíamos sentado a una mesa que parecía reservada para las confidencias. Me ha invitado a compartir con ella la cena que se ofrece al personal facultativo, la misma que comen los enfermos. Después de que yo rebañe con pan el plato de potaje que me sirve una cocinera árabe, la doctora, que apenas ha probado bocado del suyo, me pregunta por mis planes inmediatos. Le hago saber que no tengo intención de moverme de aquel lugar hasta que Pedro Anciles esté fuera de peligro. Ella parece alegrarse y me dice que puedo quedarme a dormir en el hospital. Mi mente bulle al ritmo que devoro el potaje, observado por sus ojos turquesa. Advierto que ella pretende decirme algo, pero no se atreve.

Y entonces, decenas de pensamientos, urdidos en emociones alentadas como por ensalmo, se acumulan en mi cerebro formando una formidable fuerza expansiva, incontenible bajo mi piel que parece arder. Todo empieza a fraguarse cuando su rostro se torna muy serio. Al verla en ese trance, creo entender que desea cruzar la frontera entre la angustia y la esperanza que dividía el corazón de Pedro, sin decidirse a hacerlo. Finalmente, se adentra con timidez:

—No quiso suicidarse, ¿verdad?

No, no quería averiguarlo, seguramente por temor a una respuesta afirmativa, pero no podía seguir combatiendo la ansiedad que la interpelaba.

Pienso varios segundos antes de hablar:

—La idea del suicidio le estuvo rondando siempre, desde que empezó su calvario por la derrota. Pero nunca se atrevió a consumir la acción. Pensó en ello muchas veces, pero no para morir...

—¿Para qué, entonces?

—Para salvarse. Como el náufrago que encuentra un tablón en medio del océano. Tenía su propia fórmula para aferrarse a la vida. Se acorralaba, se atormentaba. Y sólo cuando veía cerca la muerte, se escapaba.

—¿Por qué lo hizo, entonces? —insiste ella.

—¿Te referes a lo del caballo?

—Sí. Cabalgar como un loco contra los tanques...

—Le gustaba presenciar el holocausto de su derrota. Procuraba adornarse con un elemento estético. La sublimación de la tragedia. Todo muy español. Lo macabro se hace bello.

—Hubo otras veces, entonces.

—No es lo que imaginas. En la primera ocasión que recuerdo sólo trataba de representar a su manera la ceremonia de rendirse como militar de la República Española, pero sólo ante su propio pelotón de fusilamiento.

—En el campamento. Te referes a lo que le ocurrió en el campamento, al final.

—Sí. Conservo sus cartas. Me lo explicaba todo con una gran minuciosidad, deteniéndose en los más nimios detalles. Desenfundaba la pistola, apagaba de un soplo el quinqué del despacho. Se había acostumbrado a los relinchos de los caballos, de la misma manera que los caballos se inquietaban por el estruendo de los Savoia cuando planeaban como buitres sobre las ruinas del campamento. La noche del 23 de marzo de 1939, aunque la fecha no es exacta, un día antes o después, no importa, le despertaron los caballos. Pedro Anciles se imaginaba a *Rojó*, el bayo que montaba, con el belfo cerrado, golpeando

con sus pezuñas las paredes de la cuadra y resoplando tensiones acumuladas. Envidiaba la habilidad natural de aquel animal para expurgarse por dentro, y como a él se le negaba tal destreza, no disponía de más alternativa que fijar sus ojos en la pistola que solía emplazar en la esquina de la mesa y lo más alejada posible de su mano. Para empuñarla tenía que incorporarse y alargar el brazo... Los primeros destellos del amanecer reflejaban en el cristal de la ventana el marco de Juan Negrín, la franja morada de la bandera republicana, colgada en la pared de su despacho, la empuñadura del arma sobre la mesa. Sí, parecía dispuesto a levantarse la tapa de los sesos, pero esa oportunidad no se presentaba. En el fondo, no la deseaba. Miraba al exterior. La vida corría de nuevo. Los resoplidos de *Rojo* le obligaban a ser paciente, una vez más. Y así todas las noches.

—¿Solo?

—Le observaba su fiel Nicolás Segura.

—¿El Sargento?

—Sí.

—Era algo así como su ayudante, ¿no? Le vigilaba sin que él se diera cuenta.

—Así es. Esos permanentes devaneos sobre la vida y la muerte se habían convertido en una dialéctica intrascendente. Agotadora. Todas las noches regresaba al punto de partida, frente al paredón de su pistola. Y todos los amaneceres su cuerpo volvía a poblarse de escalofríos ante la certeza de que seguía al frente de la última división de la República Española que aún resistía, eso creía él, a las tropas del General Franco en las trincheras de los campos de Asaj; en el extremo norte de la provincia de Valencia, junto a la sierra del Maestrazgo. La guerra estaba perdida y él permanecía aislado de la piedad del mundo. Poseía la convicción de que debía resistir. Y es posible que le complaciera la idea de estar muerto cuando llegara la orden de rendirse...

—*El holocausto de la derrota* —musita Sefarat.

—La tragedia vive con él y él necesita liberarse de ella. Aquella noche, la del 23 de marzo, como digo, creyó Pedro

Anciles haber visto los ojos de *Rojo* escrutándole a través de la ventana. Él, sentado en la mesa de su Cuartel General. “Es tan listo como un andaluz y tan hijo puta como un lusitano”, dijo en sus adentros. Rojo era de un negro lustroso.

–Como el caballo en el que cabalgó contra Rommel.

–Todos sus caballos eran negros. El Comandante Anciles lo conocía más que a ningún otro ser sobre la tierra. Sabía que *Rojo* olía el miedo y que era capaz de detectar, con sus orejas tiesas, la aproximación de los Savoia italianos en sus cada vez más frecuentes incursiones. El caballo adivinaba a distancia sus frustraciones de militar derrotado. Cuando esto ocurría, Pedro Anciles creía que aquel animal también lloraba. Y a continuación pensaba que los caballos como *Rojo* tenían más sentido de la vergüenza y de la humillación que cada uno de los doce mil quinientos hombres que aún permanecían en el campamento bajo sus órdenes. Sí, admiraba a su caballo...

Como sombras milagrosamente secas en medio de una gran tormenta, mis pensamientos siguen abriéndose paso a paso, como criaturas recién nacidas que empiezan a moverse, en la llanura del olvido. En décimas de segundo, el desierto al que me había acostumbrado se puebla de almendros en flor, los de aquella primavera en España; de lunas blanqueando rostros de pobres miserables; de soles que se remansaban al amanecer en el Cabo de las Huertas; de aviones que arrojaban bombas y metralla sobre el puerto. Volví a adivinar por qué los caballos enloquecían y saltaban empalizadas en el acuartelamiento del Maestrazgo. Empecé a escuchar de nuevo blasfemias en boca de los soldados. En el campamento que aún estaba al mando del Comandante Anciles, centenares de cuerpos huían entre llamas, zigzagueando la erupción de las minas. Los veía arrojarse al mar o amenazar con los puños a los aviones que aniquilaban sus sueños revolucionarios. Lenta, pero inexorablemente, empecé a recordar las emociones de mi amigo, palabra a palabra, gesto a gesto, siempre amargos, tal como yo lo había imaginado

todo cuando leía sus cartas. Y pronto ardió en mi memoria la descomunal hoguera de aquella tragedia que cambió mi visión del mundo. Yo era joven e inexperto. Tal vez demasiado inocente. Y los españoles, viejos y orgullosos. Demasiado arrogantes ante un mundo que nunca fue capaz de entenderlos. Sefarat sólo está pendiente de mis labios y así parece festejar la aparición, una a una, de mis palabras. Hago un gesto con la mano que a buen seguro interpreta como la advertencia de que no me interrumpa. Lo que en realidad quiero decirle es que la vida del amigo postrado en el lecho regresa en la lluvia de luz del desierto, apaciguada en la noche, afuera, y que me sobrecoge la visión de su resplandeciente mansedumbre.

Ante sus ojos rendidos por el cansancio y el sueño acumulado, un enorme resplandor de color anaranjado cegó la atmósfera de su despacho. Observó otra vez el retrato enmarcado de Juan Negrín, con esta escueta dedicatoria: *un abrazo*. Tan austero como él, se dijo Pedro Anciles.

Junto al portarretratos, con orla bañada en plata, del mandatario había otra fotografía, más pequeña y sin enmarcar, que lo mostraba a él, en pantalón corto y camisa blanca, desfilando por primera vez ante sus soldados. Recordó aquel momento con la nostalgia del perdedor.

Solía detenerse con frecuencia en aquella fotografía, pero nunca se atrevió a interpretar el patetismo del mensaje que encerraba. Él, recién salido de la Escuela Militar, en pantalón corto, enfundado en una grasienta prenda.

Se levantó de la mesa, destemplado, se frotó las manos y se dirigió a la ventana desde la que tantas veces solía fisgar cuanto acontecía en el exterior. Ante sus ojos, los restos del campamento de la División del Ejército de Tierra bajo su mando. Parecía un paisaje lunar con mojones grises y pardos. Registró algunos ruidos reales y se imaginó otros más allá del silencio que lo invadía todo: tosían varios hombres a la vez; chirriaban las ruedas de una carretilla; emitía un telégrafo, y hasta podía detectar un desplome de lágrimas sobre alguna mejilla y el zumbido de las alas de una abeja sobre un charco de sangre.

Mi comandante, buenos días. ¿Desea usted algo?

A Pedro Anciles no le inmutó la voz del Sargento Nicolás Segura, su ayudante y hombre de confianza, que todos los días, al primer albor, entreabría la puerta del despacho y

permanecía allí un rato, firme como una estaca, en espera de una respuesta.

Un haz de luz descubría los rincones del rudimentario local: la mesa de color caoba, con incrustaciones de conchas metálicas en los cajones; cuatro teléfonos sordomudos, negros; otra mesa ovalada para reuniones; una estantería con archivadores ordenados y un par de libros que recogían una amplia antología poética de clásicos españoles. Sobre una de las paredes blancas se extendía el mapa del frente de Levante, con flechas rojas en círculos concéntricos que revelaban las localizaciones del campamento, la proximidad de la sierra de Javalambre, las urbes de Valencia, hacia el sureste, y de Alicante, al sur, y las estratégicas posiciones Yuste y Dakar en el interior de esta última provincia. En la Posición Yuste se confinaba el último gobierno de la República, y la Dakar era un reducto de la inteligencia militar dirigida por oficiales soviéticos.

Afuera, los soldados se movían con la lentitud de las morsas. Los veía desde la ventana. A Pedro Anciles le entró de repente la necesidad de contemplarse a sí mismo para compararse con sus soldados que despertaban, y porque creía entender que sus ojos se humedecían. Los giró noventa grados buscando la presencia inmóvil del Sargento. ¿Había sido el ruido de los motores de los Savoia lo que había alertado a los caballos? Él mismo negó con la cabeza.

Salió a recogerlos una patrulla.

¿Y Rojo?

Estuvo merodeando por aquí cerca.

Pedro Anciles volvió a escudriñar el exterior.

Centenares de sacos se destripaban en regueros de tierra sobre la hendidura de la trinchera. Los soldados se recostaban entre los pliegues arenosos de los mojones o sobre las ennegrecidas paredes de los pabellones. Otros aguardaban sentados en los muros de las letrinas mientras lamían el fondo de sus latas de conservas. Alguien intentaba beber las gotas de agua que rezumaba una manguera. Barracones de obra devorados por la pólvora. Las lonas rajadas de la tiendas. Muros sarpullidos por

la viruela de los cascotes. Hombres heridos con mugrientas vendas envolviendo sus cabezas y pechos, sentados bajo un porche de cañas o caminando con muletas, casi desnudos. Una nube de humo transportaba pequeñas partículas negras sobre el estercolero de las trincheras en las que los soldados se resistían a despertar.

Si no fuera por el desolado entorno, el viejo caserón que hacía las veces de Cuartel General habría pasado por ser ejemplo de un típico cortijo castellano. Sus arcos mediterráneos, aún encalados y rematados de teja árabe, le hacían conservar reminiscencias de una lujosa mansión, pero el hermoso edificio había sido maltratado por las bombas y la metralla. A escasos metros del porche se elevaba un largo mástil que enarbolaba en lo alto la bandera tricolor de la República. En su base, un pequeño seto redondo, delineado por cantos rodados y protegido por un rosal.

Desde la ventana, Pedro Anciles podía escuchar el pertinaz zumbido de las moscas sobre algunas latas de conserva y boñigas de caballo.

En el recorte de su perfil, junto a la ventana, destacaban sus ojos negros, de mirada profunda y proclives a la melancolía. El Mayor Anciles era, entonces, un hombre joven, espigado, algo enjuto, de expresión equilibrada y serena, aunque a veces sorprendiera el despunte de unos nervios incontrolados y la vitalidad impulsiva de sus gestos. Desde luego, pocos podían imaginar que había cumplido 28 años hacía escasas semanas. El cansancio, el abatimiento y un evidente abandono físico añadían años a su rostro musculoso y nervudo en el que mandaba la fuerza de sus mandíbulas, casi cuadradas. Ladeaba su gorra sobre el flanco izquierdo de la cabeza, lo que advertía su tendencia a cuidar de las formas, pero sin imposturas. Poseía un sello de natural elegancia que le hacía engolado ante los ojos de los envidiosos y tierno entre sus amigos y las mujeres.

Divisó a lo lejos las piruetas de dos cazas italianos trazando círculos sobre el horizonte. Los aviones iniciaron una

maniobra de aproximación y planearon en vuelo de rasante sobre la vertical de la bandera. Algunos soldados levantaron sus cabezas, pero apenas se inmutaron.

Pedro Anciles observó su reacción con la misma inexpresividad con que atendía la presencia del Sargento Segura, que seguía inmóvil junto a la puerta.

Es preferible morir. Lo pasé mal esta noche.

Lo sé.

Segura se adentró unos pasos hasta situarse a su espalda.

Debería usted descansar.

¿Se tienen noticias de la Posición Yuste?

Los teléfonos funcionan mal. Más bien, no funcionan

El Comandante Anciles, a quien recientemente se le había otorgado el rango de Mayor del Ejército, retrocedió hasta el mapa de la pared para observarlo detenidamente. Le había pasado inadvertida una pequeña tira de papel sujeta con alfileres a la proclama del doctor Negrín: “Resistir por dignidad”.

Como tantas veces hiciera, repitió la consigna en su interior. Recordó el último encuentro, en Albacete, con el Jefe de Gobierno, cuando éste exigió una resistencia numantina a los altos mandos militares. Él no intervino directamente en el debate. Tampoco se le ordenó que hablara. Se sentó en una silla, unos metros detrás del coronel Casado, que resultó ser el más crítico de todos los convocados.

Aquella fue la última vez que vio a Juan Negrín. Después, hablaría por teléfono varias veces con él, a quien le agradaba conversar con militares fieles al gobierno. Pedro Anciles solía responderle: Un militar honrado siempre obedece órdenes, aunque no le gusten.

Aquella reunión, que le resultaba tan lejana, se celebró en circunstancias extremas, cuando el gobierno en pleno se aferraba al convencimiento de que Francia e Inglaterra mediarían para hallar un final honroso a la guerra.

¿Recuerdas cuándo me entrevisté la última vez con don Juan?

Dos meses, más o menos. Puede que tres.

Los dos hombres entrecruzaron miradas al escuchar de nuevo a los Savoia planear sobre el campamento. Pedro Anciles se apresuró a observar su vuelo desde la ventana.

Cabrones. Ordena máxima alerta. Parece que hoy están más nerviosos que nunca.

Le recuerdo que todos los días hacen lo mismo. Pretenden acojonarnos para que levantemos el campamento.

Pues que sigan.

También la Junta de Madrid tiene los minutos contados. Lo más prudente, Comandante, sería abandonar.

¡Sólo abandonaré cuando me lo ordenen! Casado es un traidor.

Lejos de inmutarse, Nicolás reaccionó con la seguridad de quien sabe la respuesta adecuada.

Llevamos semanas sin disparar un solo tiro. Todo ha terminado, mi Comandante.

Si alguien desea disparar, que lo haga apuntando a lo más hondo de su garganta.

Anciles se sentó. Observó la pistola sobre la mesa, la empuñó y estiró el brazo ofreciéndosela a Nicolás Segura.

Toma la mía, por si te atreves a empezar.

A muy pocos metros de allí, la mano de Arsenio Céspedes, cabo de transmisiones, rodaba el mando del receptor intentando acertar la frecuencia del mensaje, sin conseguirlo. Sobre una de las mesas, atestada de antenas, cables e hilos de conducción, resonaba un viejo aparato de radio, pero era tal el guirigay que desprendía que apenas podía distinguirse el himno de la Falange de la tonadilla de Estrellita Castro.

Encima, empeñado como se hallaba en descifrar el contenido del mensaje, el motor de uno de los Savoia le había desconcentrado. Se armó de paciencia, convencido de que el viejo trasto quería transmitir un mensaje, y dejó que las interferencias convirtieran aquel chapucero centro de transmisiones en una selva cuajada de gritos de pájaros.

Aprovechó aquellos segundos para ajustarse la orejera del receptor con el fin de aprovechar todas las posibilidades de conexión, y así, envuelto en aquella misteriosa jerga, fijó su mirada en un punto del medidor de frecuencias y se abandonó a lo que dispusieran las ondas. Apretó los dientes. Tensó los dedos índice y pulgar sobre el pequeño botón en el que parecía gravitar toda la fuerza del mensaje que llegaba, claro que lo presentía, venga, coño, venga, se dijo, pero no acababa de presentarse, me cago en el copón, la madre que le parió, hijo de puta...

De repente, se paralizaron todos los nervios de su cara y una minúscula sombra gris veló su mirada. Fueron sólo unas décimas de segundo, lo suficiente para que se instalara en su frente toda la inquietud del mundo. Las arrugas se desvanecieron. Se ajustó de nuevo la orejera, se abandonó a un nuevo silencio y, finalmente, empezó a escribir con lentitud, mecánicamente, sobre un papel.

Cuando reprodujo el mensaje, lo leyó y apostilló con el grafito las palabras que no había podido completar por las prisas.

A tenor de las lágrimas que surcaron su rostro, no cabía duda de que las ondas le habían revelado un hecho trágico.

Céspedes salió del barracón como un jabalí asustado. A trompicones, fue superando empalizadas y tiendas de campaña, soldados que le salían al paso, suboficiales que le ordenaban detenerse y hombres con las cabezas vendadas que anunciaban en sus miradas fatales presagios. Cientos de supervivientes siguieron su carrera hasta el porche del Cuartel General.

Se detuvo en el umbral de la puerta para recuperar el aliento. Aún tuvo arrestos para mirar atrás y contemplar a cientos de soldados en silencio. Les hizo un gesto de contrariedad que reprimió enseguida porque no quería dar pistas del mensaje antes de que fuera conocido por el Comandante de la División. Desde dentro, el casco mugriento de un soldado le salió al encuentro. Se detuvo en seco ante el mosquetón cruzado en la puerta.

Pide permiso, capullo de mierda.

Lo siento, Sargento. Es urgente que vea al Comandante

El comandante está reunido.

Tengo que entregarle este mensaje.

Rugió el fornido hombre del mosquetón.

No pasa ni Dios.

Pues aguardaré.

A ver lo que llevas.

El telegrafista reaccionó. Mordió el papel y exprimió las energías que le quedaban para agarrar con sus manos la pechera del hombre que le impedía el paso.

Este papel es mío, hijo de la gran puta, y seré yo quien se lo entregue en mano al Comandante o me limpio el culo con él y después te lo tragas, por mis cojones.

La tarascada del mosquetón arrojó al suelo al telegrafista, que empezó a sangrar por la nariz.

Cabrón.

El rápido movimiento de la tropa, aproximándose desde atrás, amilanó al Sargento de guardia.

Espera, capullo.

El Sargento entró en el despacho.

Reapareció unos minutos después. Le hizo un gesto a Céspedes para que le siguiera. Desde el patio, la tropa dejó escapar un silbido de protesta cuando los dos desaparecieron.

Pedro Anciles se levantó de su asiento para recibir con la solemnidad del miedo al telegrafista. El Cabo entró en la habitación sin percatarse de que media docena de oficiales estiraban sus cuellos y contenían el aliento.

Arsenio Céspedes sorbió el reguero de sangre que le fluía por la nariz, se cuadró a un metro de la mesa y alargó la mano izquierda para entregar a su Comandante el mensaje de su puño y letra.

A sus órdenes, mi Comandante.

Descanse, Cabo.

Pedro Anciles recogió el papel. De pie, leyó su contenido varias veces. Después, respiró hondo, asintió con la cabeza, sin dejar de observar al soldado, y guardó el documento en un bolsillo de la camisa. Tragó saliva. Carraspeó su nuez.

¿Nada más, Cabo?

Nada, mi Comandante.

¿Quién emitió el mensaje?

Madrid, mi Comandante.

¿Está seguro?

Completamente. Estuvieron intentándolo toda la noche. Yo lo sabía, mi Comandante. Sabía que querían decir algo, pero no logré aclararme, y bien que lo siento. Las líneas funcionan muy mal. Ha sido un milagro. Era la frecuencia del Mando Supremo, sin duda.

¿Y con la Posición Yuste?

Sí señor. Bueno...

Diga, diga lo que sepa, no tenga miedo.

Sé que hay un telegrafista en la Posición Yuste, señor. Tiene que haberlo. Si no, no se explica que hayamos intentado comunicarnos. Fue imposible. Pero queda alguien, seguro.

¿Y en la Posición Dakar?

Los rusos han desaparecido sin dejar rastro, señor.

Pedro Anciles se aproximó al Cabo y le propinó varias palmaditas sobre el hombro.

Gracias, soldado.

El Comandante observó, uno a uno, a los jefes de las distintas secciones. Estaban perplejos. Después, se acercó hasta donde se hallaba Nicolás Segura. Fijó en él su mirada y advirtió que la emoción se agitaba en su interior.

Se acabó, Nicolás.

Le interrumpió Arsenio Céspedes, que tensó el saludo hasta hacer vibrar sobre la sien la palma y dedos de su mano.

¿Desea usted alguna otra cosa, mi Comandante?

Sí.

Usted manda.

Comunique a todas las brigadas y batallones de la División, a los que permanecen en sus puestos, que la guerra ha terminado. Hemos perdido, Cabo.

Se acercó a Céspedes y le tendió la mano.

Me gustaría despedirme de todos. Les das un abrazo de mi parte. No te lo tomes como una orden. Es la despedida de un amigo.

¡A sus órdenes, mi Comandante!

El Cabo dio media vuelta y salió del despacho.

En el mutis que siguió, los oficiales podían escuchar el ritmo desacompañado de sus corazones. A Pedro Anciles también se le podía escuchar el suyo. Saludó de uno en uno a sus oficiales. Un apretón de manos. En ocasiones, un abrazo. Luego volvió sobre sus pasos y abrió un cajón de su mesa. Sacó una carpeta de informes. Se sentó. Repasó aquellos pliegos que, por la rapidez que imprimió a su lectura, tan bien parecía conocer. Se detuvo en uno de ellos: “Instrucciones para una evacuación ordenada”. Alzó su mirada para cruzarla con la de Nicolás, que le observaba atentamente junto a los oficiales, todos inmóviles.

El primer objetivo es salvar la vida.

Sus palabras sonaron con la firmeza de una sentencia. Con todas las miradas sobre él, se levantó, agarró la carpeta y la partió en dos mitades que arrojó a la papelera.

El Mando Supremo del ejército ordena nuestra retirada. Si tienen algo que decir...

¿Ha previsto algún plan de evacuación, mi Comandante?

No hay planes que valgan. Sólo salvarse.

Junto al mapa, se ayudó con un puntero para señalar algunos de los círculos próximos a la línea de la costa.

Hay dos posibles retiradas. Valencia, con salida al mar desde Gandía, unos cincuenta kilómetros al sur. Y el puerto de Alicante, mucho más lejos. Mis informes no son exactos. Pero presumo que la salida por Valencia ha sido ya bloqueada. El puerto de Alicante ofrece sin duda mayor seguridad.

¿Y más hacia al sur, por Cartagena?

Les supongo al corriente de los sucesos de Cartagena. La situación es muy confusa. Bastaría recordarles los intentos fallidos del Jefe de Gobierno para reconducir la situación en ese puerto. Lo cierto y verdad es que la flota de la República se vio obligada a abandonarlo con rumbo desconocido. Sólo queda el puerto de Alicante.

Los oficiales repararon en el círculo sobre el que se había detenido el puntero.

Está muy lejos.

No lo es tanto si se escoge el camino del interior. Aunque las comunicaciones son malas, el acceso al puerto de Alicante parece relativamente fácil. Más de doscientos kilómetros, calculo. Supongo que será fácil coger algún tren hasta Fuente la Higuera.

El Comandante fijó el puntero en un pequeño punto negro del mapa y fue recorriendo otros enclaves que aparecían en la carretera, con un grueso trazado en rojo, hasta Alicante. Uno de los militares, Aurelio Cano, bajó la cabeza y dijo con tono de súplica.

Algo tendrán que hacer.

¿Quiénes?, Capitán.

Las democracias europeas, mi Comandante. Francia, Inglaterra, no pueden abandonarnos como si apestáramos.

Anciles volvió a la mesa y se apoyó en el bordillo del tablero. Respiró hondo, buscando algún resorte de convicción.

Lo están haciendo. Antes de expresarme su voluntad de exiliarse, el Jefe de Gobierno me confesó que ingleses y franceses pretendían que el puerto de Alicante fuese declarado zona libre internacional. Las últimas noticias llegadas hasta este Cuartel General confirman que hay algo de cierto en esos planes.

Se detuvo para imprimir a su voz un tono más vibrante.

Escuchen. Hay barcos extranjeros dispuestos a fondear en Alicante y trasladar a un lugar seguro a los miles de compatriotas que han empezado una huida sin final. Desconozco el destino de esos barcos. Francia, Inglaterra, México, Argelia... Qué más

da. Repito que lo único importante es salvar la vida. Pero el tiempo también lucha contra nosotros, porque la armada de Franco les impedirá, tarde o temprano, entrar en el puerto. Sin embargo, les digo que no hay más esperanza que esos barcos y que se tiene que llegar a tiempo.

Nicolás Segura preguntó:

¿Es ésa la única solución?

Hemos perdido la guerra. No hay soluciones.

¿Y los salvoconductos para embarcar?

¡Desconozco si alguien expide salvoconductos! Supongo que Francia e Inglaterra habrán movilizado recursos para facilitar la evacuación y establecerán puestos de socorro en los muelles. Sólo sé que hay barcos.

Y aviones.

Hubo aviones en su día, Teniente Capdepón.

Don Juan Negrín subió a uno de ellos.

Yo también pude hacerlo y no lo hice. No sé si hay más aviones. En cualquier caso, no creo que llegue a tiempo. Sepa usted que Juan Negrín me ofreció abandonar España en uno de esos vuelos, pero preferí quedarme hasta el final en mi puesto.

Lo siento, Comandante.

El gesto de Capdepón sumió al grupo en un nuevo silencio. Lo rompió Pedro Anciles, endurecido por un golpe de voluntad que impedía el asomo de sus emociones.

Ustedes deciden.

El capitán Emilio Humarán, jefe de intendencia, se removió desde su rincón y dio un paso al frente. Era un hombre grande como una encina. Se plantó ante Anciles y le miró con los ojos del rayo.

El suicidio, mi Comandante.

Anciles le conocía tanto que no podía esperar otra reacción del oficial. Humarán insistió:

Prefiero el suicidio antes que el juicio sumarísimo.

Pedro Anciles recordó sus atormentadas noches ante el cañón de su pistola. Ahora debía incurrir en una contradicción, y así lo hizo porque se lo ordenaba el sentido del deber.

Mientras estemos vivos, la República estará viva. ¡Salvar la vida es un honor!

La humillación es más cruel que la muerte.

Estoy de acuerdo. ¿Quién puede humillarte a ti?

Si me pego un tiro, nadie.

Si te pegas un tiro serás un cobarde. Lo importante es luchar hasta el final.

Humarán le dirigió una mirada sombría.

Sólo quiero morir.

Me tendrás que matar antes a mí.

Se lo había jugado todo a una carta. Humarán parecía desconcertado. El Comandante aprovechó su momento de debilidad.

Nuestra voluntad de sobrevivir tiene que imponerse al miedo y a la vergüenza.

Como usted mande, mi Comandante.

¡Pues eso, coño!

6

Nunca había podido imaginar –le digo a Sefarat, dispuesto a satisfacer su curiosidad sobre el momento en que Pedro Anciles apareció por primera vez en mi vida– que los molinos de viento de Castilla fueran tan grandes y tan blancos, quizá porque siempre supuse que Cervantes había exagerado sus dimensiones para resaltar aún más las hazañas de Don Quijote. Había decenas de ellos, anclados en lo alto de una colina. Parecían aves zancudas agarradas a la tierra y en permanente aleteo. Me impresionaron tanto que detuve la *Harley Davidson* que conducía –una preciosa *countrywind* accionada por un motor Knucklehead, fabricada en Milwaukee en 1936– a escasos metros de una de aquellas gigantescas aspas, junto a la estrecha carretera que se ondulaba por una serie de montes bajos sobre los que reverdecían campos de girasoles y alfalfa.

Cuando bajé del sillín y eché el anclaje de la motocicleta, sentí mis piernas abotargadas por el largo camino desde Madrid. Miré las manecillas del reloj: habían transcurrido casi cuatro horas desde que dejé la embajada americana. Saqué de uno de los bolsillos de mi cazadora de piel una cajetilla de tabaco *Lucky Strike* y encendí un cigarrillo sin dejar de mirar el horizonte de La Mancha.

Me senté en un poyo blanco con el número “180” garabateado con alquitrán en una de sus caras. Pensé que ésa era la distancia que me separaba de Madrid. Si fuera así, calculé, todavía me quedaban hasta llegar a Alicante doscientos cuarenta kilómetros, más o menos.

Era un paisaje prendido en la paleta de un pintor, con todos los colores posibles que un pincel podía mezclar con ayuda del cielo, del agua y del viento. Me llamaron la atención la cadencia

de los tonos ocres y pardos de la tierra, y los vados suaves del terreno a modo de gigantescas olas en un mar de tierra templado por la brisa. La armonía del paisaje me hizo experimentar un triunfo íntimo y verdadero, nunca sospechado.

Había comido en la venta de un pueblo que respondía al sugestivo nombre de Mota del Cuervo, en la provincia de Cuenca. Lo supe tras mirar el mapa que me dieron en la embajada; un pueblo de casas planas partidas por la cinta de la carretera y sin gente en las calles. En realidad, no había visto un solo rostro desde que me adentré en la carretera de Ocaña en dirección a la costa mediterránea, excepción hecha del mesonero que me sirvió un plato de alubias con chorizo y de una pareja de guardias civiles, inmóviles, con sus capas verdes desplegadas, apostados junto a un muro en el que se leía: “Viva Franco, Arriba España”.

Reconocí fácilmente aquella misiva porque aparecía por doquier reproducida en paredes de silos abandonados y de cuevas blanqueadas con cal en medio de la huerta, como si formaran parte de las cuentas de un rosario de consignas pintadas de alquitrán.

De veras que no encontré ninguna otra señal de vida, salvo el paisaje que parecía hablar; las colinas dilatadas por el sol; solitarios árboles en las crestas, espantapájaros domingueros, con bufanda y gorra, perfumados por la savia de los trigales; y los surcos rojizos de la tierra, alineados con perfección milimétrica, cicatrizando los campos de leves hendiduras amarillas y verdes. Sólo la ranura en el paisaje del tendido eléctrico, que parecía una línea de enormes cactus arrancados del desierto de Arizona, advertía la presencia de la mano del hombre. Una débil y pintoresca señal de progreso, pensé al tiempo que observaba aquellos candelabros que se diluían en la distancia de los campos, entre las leves brumas que dejaban caer las alas de los tordos en manada, a lo lejos. El resto parecía sólo obra de Dios. “¿Y qué haces tú aquí, Ken Brighton?”, me pregunté en voz alta. Sonreí.

A punto estuve de hacer resonar mi nombre ante aquella tierra para comprometerme con ella para siempre, *en la salud*

y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe. Quería festejar el gozo que me ardía bajo la piel, pues una paz desbordante me aproximaba a eso que llamamos plenitud. Era una felicidad en abstracto, sólo de colores y silencio, pero más que suficiente como para sentirme colmado. Me dispuse a contar las encinas que crecían dispuestas por la naturaleza para cobijar nidos de aves y prestar su sombra a las madrigueras de las liebres. Los enormes árboles se desperzaban en sus lechos, bordeados de trigales, como después de una larga siesta.

Es imposible que este país esté en guerra, me dije, como si conversara con un ser invisible. Llegué a mirar al cielo.

Eso aseguran, que está en guerra, repetí, y me pareció que movía con el eco de mi voz las aspas de los molinos. Reí, mirando a los gigantes. El humo de mi cigarrillo formó un par de livianas nubes.

Deseaba que el tiempo discurriera lento cuando arranqué de nuevo el motor de la moto para adentrarme en esa tierra que me enaltecía, y volví a imaginar que Don Quijote me acompañaba en la aventura que había empezado, hacía ya una semana, en el despacho del editor del *The New York Times*.

Era una mañana limpia, la recuerdo, precursora de la primavera. Centelleaban las aguas del Hudson. Ululaban las barcazas en la corriente del río.

Te vas a España, haz las maletas cuando quieras, pero que sea cuanto antes.

Subido a la moto, mientras me ajustaba la gorra y las gafas de montura, recordé las palabras de Terence Mills.

La verdad es que, desde que subí al avión que me llevó hasta París, y luego al tren que me condujo a Bruselas, y otro después a Berlín, y el avión que me desplazó, en el trayecto final, a Madrid, no había tenido oportunidad de reavivar aquel encuentro.

Aun hoy en día todo me resulta demasiado precipitado cuando vuelvo la cabeza atrás. ¿Por qué yo? Hacerle esa

pregunta al editor habría significado revelar una resistencia, una oposición, y nada más lejos de mis intenciones que sembrar dudas en el jefe. Todo estaba justificado, por otra parte. Mi admirado Thomas Matthews, corresponsal del periódico en Madrid, se había visto obligado a regresar a casa, enfermo y desgarrado por la tragedia, hacía varias semanas.

Una cosa estaba clara: la Guerra Civil española había terminado de hecho, pero mi periódico estaba interesado en la suerte que correrían los refugiados políticos de la República, en el éxodo masivo que se preveía, en los viajes de aquellos desgraciados hombres a Méjico y Argentina.

Y además, existía un enclave, Alicante, que se negaba a claudicar. Aquella absurda resistencia era un hecho insólito que seguramente despertaría entre los lectores de mi periódico una admiración “no exenta de romanticismo”, en palabras de Terence. Miles de españoles aguardaban en el puerto de esa ciudad costera del Mediterráneo a los barcos que Inglaterra y Francia estaban dispuestas a fletar para liberarlos de la humillación a la que habían sido condenados.

Entendí entonces que alguna utilidad –más bien mucha– se desprendía del hecho de ser hijo de la puertorriqueña Josefina Meneses y de Richard Brighton, profesor de literatura clásica española en la Universidad de Nueva York.

Mi dominio del español constituía una baza a mi favor.

Es fundamental, porque tu misión te va a obligar a un contacto permanente con la gente, argumentó Mills en su despacho mientras exhalaba el humo de un habano.

Lo que desconocía mi editor –yo no se lo dije, desde luego– es que mis abuelos maternos habían nacido en un pueblecito de Burgos, muy cerca del límite con La Rioja, cuna del castellano. No me apetecía presumir de ancestros.

Yo había seguido las incidencias de la Guerra Civil española a través de las crónicas de Hemingway, Wallace y Preston. Todos ellos regresaron a casa cuando el ejército de Franco estrechó el cerco de Madrid y cayeron las primeras bombas en la plaza del Collao, en el mismísimo corazón de la capital. Recordaba

haber leído aquel escalofriante relato, y no precisamente en mi periódico. La metralla alcanzó una de las ventanas en la que escribía un poema Pablo Neruda. Era un reportaje de Wallace, quizá de Hemingway. Recuerdo vagamente la imagen captada por una fotografía. Una columna de humo y gente corriendo y mirando al cielo, aterrorizada.

Admiración no exenta de romanticismo.

Supongo que mis sentimientos respondían también a ese dictado tan magistralmente sintetizado por mi editor. Aunque me consideraba un americano de los pies a la cabeza, mi corazón bombeaba la sangre al compás que lo hacía el de mi madre. Nada más soltar las primeras palabras en español, ya supe quién era el Arcipreste de Hita. De ella recibí, siendo muy niño, la primera lección de geografía: la distribución, en provincias, del mapa de España, antes de aprender el de los Estados Unidos. Ella me hablaba de su país como un narrador de cuentos recién llegado de la luna. Tuve que llegar a la adolescencia para abandonar la idea de que España era un paisaje encantado en el que los escritores más importantes eran o mancos o frailes, los pueblos más humildes rivalizaban entre sí por contar entre sus habitantes al santo más santo de entre los santos, y los caballeros andantes luchaban contra los molinos de viento para alcanzar el favor de doncellas de bellísimos nombres.

Para postre, la muy versada opinión de mi padre situaba a la poesía mística española en la cumbre de la poesía universal.

Por lo que no fue de extrañar la tremenda decepción que sufrí cuando, ya adolescente, supe lo del desastre del 98, la humillante derrota de aquel país de hidalgos en Cuba y Filipinas, el hundimiento de sus barcos de cartón, el sacrificio estéril de sus hambrientos soldados a manos de nuestro moderno ejército.

Pero aún entonces me consoló saber, por lo que leí en algunas crónicas de la época, que la última guarnición de soldados españoles en Filipinas fue vitoreada por sus enemigos y un pueblo enardecido cuando abandonó las islas. Hasta un año después de perder la guerra aquellos soldados habían

seguido luchando porque creían que aún podían ganarla. Sólo su valor lograba sobreponerse a su ignorancia.

La idea de España, pues, fue forjándose en mi mente como un gran escenario teatral donde lo trágico era, en el fondo, cómico, y lo cómico resultaba ser, casi siempre, una gran tragedia. La contradicción resultaba jocosa, cierto, pero la poderosa inercia de preservar a toda costa la dignidad constituía en sí misma una especie de gesta épica de final incierto, y todo ello enaltecía al país. La Guerra Civil era un claro ejemplo, me pareció, del drama permanente en el que cierta voz disonante de actor recita un poema de amor eterno a la vida.

Me ajusté la montura de las gafas de motorista por encima de las orejas para así escuchar mejor el murmullo de la brisa rozando la hierba que crecía a ambos lados de la carretera.

Aquella noche, seguí recordando mientras conducía, no pude dormir, primero porque recordaba a mi madre, entre sollozos, cuando me llamó al periódico varias veces para interesarse por cuestiones relacionadas con el viaje, y después porque me dediqué a recoger toda la documentación que disponía sobre el conflicto que enfrentaba a los españoles entre sí y que había polarizado la atención del mundo. “Hay demasiado romanticismo para que pueda considerarse una simple guerra”, volvió a decirme Terence Mills antes de despedirse. Los integrantes de la Brigada Lincoln también lo creían, arguyó, y por eso acudieron a combatir al lado de la República, como tantos otros idealistas.

Los que están vivos regresaron casi todos, pero aún quedan algunos, y sólo Dios sabe dónde se encuentran, me había recordado mi editor.

Era ése otro de mis objetivos: averiguar el paradero de los supervivientes de la Lincoln —la mayoría había ya regresado a los Estados Unidos— que aún permanecían en España y escribir sobre el final agónico de una guerra que levantaba emociones enfrentadas en la opinión pública norteamericana, sobre todo

a raíz del *desarme moral* decretado por el presidente Roosevelt justificando la neutralidad del país —y la de su conciencia, pienso ahora— en el conflicto.

La embajada americana me había facilitado todo tipo de documentaciones y salvoconductos que pudiera necesitar en la misión. Hasta portaba un oficio del Servicio de Documentación y Propaganda del Cuartel General del Generalísimo en Burgos que me acreditaba para *efectuar tareas periodísticas sin menoscabo alguno de la legalidad vigente, y dentro de un marco de estricto respeto a las autoridades gubernativas del glorioso Alzamiento Nacional*, tal como rezaba el manuscrito que firmaba el coronel Benjamín Barroso Cienfuegos, jefe de la sección.

Me había aprendido el nombre de memoria, convencido de que me sería útil en alguna ocasión.

Aun así y todo, el propio embajador no las tenía todas consigo y me había transmitido su opinión:

Es una osadía periodística, pero allá ustedes.

Mis ojos, al recordar aquel gesto, emitieron una leve sonrisa al otro lado del cristal de las gafas de motorista.

Tenga en cuenta que me pueden comprometer ante el gobierno del Generalísimo.

Le agradecí la ayuda: la motocicleta para desplazarme a Alicante, los teléfonos de contacto con la Embajada, la dirección y el teléfono del Consulado de Francia en Alicante, y un informe pormenorizado sobre la posición de los ejércitos de Franco en el frente y sus planes de avance sobre la franja costera de la pequeña provincia de Alicante.

Sabía que la última ofensiva comenzó el veintiséis de marzo y que, tal como se suponía, la resistencia de las hambrientas y exhaustas tropas republicanas fue más bien escasa. Desde su línea del frente en el límite de la provincia de Toledo, el Ejército del Centro culminó su avance hasta el este en poco más de 10 horas.

La información de la embajada americana parecía rigurosa y fiable, tanto como para admitir que una división del ejército italiano, la Littorio, al mando del general Gambará, se disponía

a hacer su entrada triunfal en Alicante en cualquier momento. Varios cazas Savoia habían peinado con sus ametralladoras las últimas trincheras del ejército rojo.

Le prometí al embajador que sería prudente y que evitaría a toda costa adentrarme en la vanguardia de las tropas franquistas.

Pero mi instinto de periodista me quemaba la sangre. Tenía que llegar a Alicante cuanto antes, si fuera posible con todas las burbujas reventando en la olla hirviendo.

Así que el día veinticinco dormí en la misma embajada y, a primeras horas de la mañana del veintiséis, desperté al guardia de seguridad para que me abriera la puerta del patio interior en el que estaba aparcada la *Harley* con el depósito de gasolina lleno. Sin hacer ruido, cruzamos el jardín, entre muros de esqueletos de rosales y buganvillas moradas y rojas. *Pluto*, así le llamó el guardia de seguridad, un pastor alemán viejo y rechoncho como una foca, siguió mis pasos por el camino empedrado hasta la verja de la embajada, custodiada por dos guardias civiles con naranjeros al hombro. En la desierta calle aseguré mi mochila de viaje, con la Underwood portátil acolchada entre dos camisas, en el sillín trasero, y arranqué la moto. El estruendo despertó a todos los elfos que habían dormido aquella noche conmigo en el madrileño barrio de Salamanca.

Mientras recordaba el momento en que abandoné Madrid, reparé que un ruido similar al de la moto me perseguía desde hacía algunos minutos y progresaba en intensidad. Se aproximaba por arriba y por la espalda, hasta envolverlo todo, como el ataque de un ser invisible enloquecido. No me dio tiempo de comprobarlo, porque, cuando el Savoia planeó sobre mi cabeza, la moto se desniveló, y el inesperado vaivén provocado por el chorro de viento del caza a punto estuvo de hacerme perder el equilibrio. Mis manos enderezaron el manillar cuando estaba a punto de salir despedido hacia el terraplén de la carretera, y el temor a que el avión volviera a

repetir la maniobra me obligó a detener la máquina en un arcén del camino.

Seguí la estela del caza hasta donde mi vista tropezó con un horizonte de cúmulos engordados por el sol. Tan sobresaltado estaba que bajé de la moto y aticé la mano al viento en un amago de protesta infantil:

Cabrones, mascullé, experimentando el placer de incorporar al lenguaje habitual de mi Brooklyn natal el exuberante léxico de insultos más comunes en español.

Respiré hondo. Con los pulmones llenos de aire sentí, por primera vez, que algo se me había descompuesto dentro del cuerpo, y no precisamente el curso del intestino. Era un ramalazo de frío en pequeñas y discontinuas arcadas que me subía desde los talones hasta plegarse en el círculo de los testículos, como un aviso de la enfermedad que aquejaba a la tierra en la que me había adentrado.

No era, no, como aparentaba, una tierra bendecida por la armonía. Nunca me había enfrentado al miedo, mucho menos a una situación límite. Ni siquiera cuando, durante dos semanas, intervine como corresponsal de mi periódico en unas maniobras militares conjuntas con la marina canadiense cerca de Terranova. Pero aquello era diferente. Acostumbrado al silencio de los campos y a la soledad de los molinos de viento manchegos, las hélices del Savoia afeitando mi coronilla me habían advertido de que, a escasos metros de donde me hallaba, en el remanso de aquellos olivos púberes, la España de mis antepasados se agrietaba en dos mitades. Yo me prestaba a cruzar, un tanto ingenuamente, la línea imperceptible que separaba la paz de la guerra.

Pude comprobar que todo empezaba a ser distinto instantes después de que decidiera arrancar de nuevo la moto y reemprender el camino.

Al poco tiempo, divisé a lo lejos la silueta de varios soldados junto a una barrera cruzada en la carretera. Reduje la velocidad y detuve la *Harley* a un par de metros de un soldado que había alzado la mano para obligarme a que me detuviera. Sólo tuve

tiempo de advertir las tres aspas del escalafón militar en la manga del Sargento y la cinta blanca enrollada en el brazo con las letras PM que lo identificaban como policía militar.

A ambos lados de la barrera, dos soldados me apuntaban con sus fusiles, y, unos metros más allá, otros dos asomaban sus cascos relucientes desde el interior de un viejo camión militar, apostados tras la mirilla de una ametralladora ligera.

Levanté las gafas de motorista y las acoplé sobre la frente. Contuve la respiración y apagué el motor. Estaba convencido de que se trataba de un control rutinario de los muchos que, a partir de ese momento, tendría que afrontar.

Documentación.

Era la orden tajante del Sargento. Durante varios segundos, el militar me estuvo escrutando con el asombro del cazador que sale al campo para desplumar perdices y descubre a un pavo real entre las zarzas.

Resté importancia a su tono arrogante. Bajé de la moto y, tras hurgar en el interior de la mochila, le entregué una cartera de bolsillo con el pasaporte y la acreditación de periodista.

Mientras leía la documentación, el Sargento recalaba de vez en cuando sus ojos sobre mi rostro.

¿Periodista?

Sí señor.

Ya. Americano.

Asentí con la cabeza, recelando del tono.

¿Tiene algún salvoconducto especial?

¿De quién?

El Sargento, una especie de oso barrigudo con el cinturón del pantalón enervándole la tripa por encima del ombligo, abandonó momentáneamente la lectura de los documentos y frunció el cejo sin disimular que mi respuesta le parecía una impertinencia.

¿Cómo de quién?

Los tengo de todas clases, señor. Hasta de Franco.

Sin cachondeos, gilipollas.

Lo siento.

Pero al Sargento no le importaban mis sentimientos. Me agarró de las solapas de la cazadora y zarandeó mi cuerpo varias veces hasta arrojarlo sobre el sillín de la moto. Los soldados que custodiaban la barrera se carcajearon.

Con las ganas que tengo yo de pegarle un par de hostias a un americano.

Observé sus facciones a escasos centímetros de mi rostro. Agravó el gesto hasta descomponerlo en muecas de forzada agresividad. Yo no lograba entender si con ánimo de mofarse de mí o de amedrentarme más de lo que ya estaba. Pero, de repente, y sin mediar explicación alguna, me soltó un bofetón que me hizo tambalear, me dio la espalda y se encaró ante los soldados que lo cubrían con los fusiles como un torero cuando se dispone a dar la vuelta al ruedo tras una gran faena.

Su exhibición permitió que pudiera incorporarme.

No quise molestarle, dije, asustado.

Mi mochila estaba en su sitio. El anclaje de la *Harley* había resistido el empujón del gorila, que se revolvió con expresión fiera.

De acuerdo. Enséñame esos documentos.

Me apresuré a buscarlos en la mochila. Se los entregué, balbuciendo:

Le dije la verdad. Los tengo de todas clases. Hasta del Generalísimo. Ése que está leyendo ahora es de Franco. ¿Ve el sello?

El Sargento empezó a asentir con la cabeza, como si le hubiera sobrevenido la enfermedad de Parkinson, hasta concluir la lectura del documento expedido en Burgos.

Ahá.

Está firmado por el coronel Benjamin Barroso Cienfuegos.

Es el único que interesa. Lo demás es basura.

Ya se lo dije.

Sólo recuperé el aliento cuando el hosco militar me entregó la cartera con los documentos enrollados. Tras ordenarlos, los guardé en la mochila y me acomodé sobre el sillín de la moto. El Sargento volvió a la carga.

¿Qué se te ha perdido por aquí?

Me dirijo al este. Informo sobre la guerra. Ha terminado y ustedes ganaron. ¡Enhorabuena!

Con rabia, sacudí la palanca del arranque. El gas se liberó con estrépito. El Sargento levantó la voz. Su índice me apuntó.

Aún quedan unos cuantos rojos a quienes les vamos a dar por el culo. Antes de ahogarlos en el mar.

Yo levanté los hombros y me ajusté la montura de las gafas. Pude escuchar la despedida del militar, rugiendo a mis espaldas.

¡Demócratas de mierda!

A una indicación suya, los guardias levantaron la barrera.

¡Este país empieza a ser distinto, tenlo en cuenta, cabronazo!

Adiós.

Sacudido por un misterioso resorte, el Sargento se cuadró y estiró el brazo para componer un perfecto saludo fascista.

¡Viva Franco! ¡Arriba España!

La moto cruzó la barrera con la velocidad de un suspiro y volvió a integrarse como una libélula negra en el paisaje de ocres y pardos, saltando sobre badenes y delicadas barrigas verdes de colinas.

Pero los nimbos del horizonte presagiaban un cambio inminente en el paisaje. Se había levantado una brisa fría que llegaba del norte. Y sucedió que, poco a poco, la carretera empezó a llenarse de carros, tartanas y otros vehículos de tracción animal, desconocidos para mí, a cuál de ellos más rudimentario y pintoresco; de mulas arrastrando esteras de esparto que parecían camillas; de caballos percherones con plataformas de madera asidas a la grupa; y de caminantes con indumentarias andrajosas portando toda clase de hatillos y bultos.

Al principio, no presté atención a las apariciones de tan sorprendente cortejo, silencioso como el que desfila en un funeral. Fue en Almansa, muy cerca del límite con la provincia de Alicante, tras llenar el depósito de gasolina, cuando me

asaltó del todo la perplejidad, pues, nada más entrar en este último pueblo manchego, tal como había confirmado después de cotejar el mapa de carreteras, algunas calles se hicieron puro alboroto de gritos y gestos desesperados desde balcones y cancelas. Los hombres se apresuraban. Corrían. Los había que arrastraban a mujeres y niños, mientras rostros de ancianas que cubrían sus cabezas con pañuelos negros lloraban al otro lado de las ventanas. No lograba entender lo que ocurría, pero era evidente que aquella gente se disponía a abandonar el lugar con la precipitación de quien advierte la proximidad de un tornado.

A la salida de Almansa, pude comprobar que mis conjeturas empezaban a confirmarse, sobre todo a partir del cruce con la carretera de Valencia.

Desde el norte, avanzaba otra silenciosa hilera de vehículos que, al fundirse con la que llegaba desde La Mancha, se convertía en una densa corriente humana que se apresuraba en la misma dirección hacia el sur. A partir de entonces, empecé a tener dificultades para avanzar con la moto, así que extremé las precauciones para evitar atropellar a alguien que se cruzara en el camino.

Me alineé junto a una tartana tirada por un caballo percherón y le hice al hombre que la conducía una señal para que se detuviera.

Lo hizo después de tensar las bridas y no sin avisar de la maniobra a las dos mujeres que iban en el interior del vehículo, acurrucadas como gallinas ponedoras. Sin bajar de la *Harley*, dije:

Gracias.

El hombre inspeccionó mis gafas. La moto le deslumbró. Había en el fondo de sus ojos una gran tristeza, casi un temblor.

A lo que usted mande, forastero.

¿Hacia dónde se dirige toda esta gente, amigo?

A los barcos.

¿A los barcos?

Eso es. A los barcos. Queda mucho camino hasta el mar.

De manera, Sefarat, que todo empezaba a derrumbarse precipitada e inexorablemente para el Mayor. A primera hora de la mañana del 24 de marzo de 1939, Pedro Anciles había decidido lo que tenía que hacer: despedirse de la tropa y levantar el campamento. En su cabeza rondaban palabras que no deseaba pronunciar. *Derrota* era una de ellas. Cuando llegara el momento de dar la cara ante los soldados, no sabría lo que decirles. Y sin embargo, tendría que ser más convincente que nunca. Pero ¿cómo sería capaz de levantar con su voz tantos ánimos devastados? La suya iba a ser una arenga para enterrar del todo a los muertos. Eso es traición, se dijo junto a la misma ventana desde la que observaba a *Roja*.

Se abrió la puerta del despacho. En el claroscuro reconoció la figura del soldado Ambrosio Mortes, su chófer, cuadrándose ante él.

¿Le lavo el coche, mi Comandante?

Sólo llenas el depósito.

Apenas queda gasolina, mi Comandante.

Pues le echas la que haya, o te la inventas.

A sus órdenes.

O con saliva, coño.

La presencia de Mortes le reavivó la idea de que también él tenía que preparar su retirada. Lo más razonable era llegar a la Posición Yuste, pero carecía de información sobre si se mantenían desde allí las operaciones de evacuación de altos jefes militares y políticos de la República.

Se levantó y escudriñó el mapa con renovado interés. Deslizó sobre el papel su dedo índice siguiendo el curso de la carretera. Le costó tiempo localizar la Posición Yuste en el término

municipal de Petrel. Debía dirigirse, por el interior, hacia el sur de la provincia de Valencia y entrar por Fuente La Higuera hasta acceder a la carretera nacional de Madrid en dirección a la costa, sin detenerse. Tenía que ganar tiempo. Sospechaba que las tropas italianas del General Gambara estarían a punto de entrar en Alicante. Tan pronto dejara Villena, en dirección a Sax, un camino le conduciría hasta la sede clandestina del último gobierno republicano, oculta en un bosque de pinos. Conocía el lugar. Caviló largo tiempo. O eso, o los barcos, se dijo.

Le apetecía seguir la suerte de sus soldados: llegar al puerto de Alicante y embarcarse en uno de los mercantes franceses, o ingleses, rumbo al exilio. Ser como ellos hasta el final. En cualquier caso, Yuste se hallaba en el camino a la costa, apenas tenía que desviarse de la carretera. Y, si no, acudiría a los barcos. Observó el retrato de Juan Negrín, pero desvió enseguida la mirada. Confiaba en que en aquella finca convertida en sede del gobierno permanecería algún retén, al menos un telegrafista, tal como le había adelantado Arsenio Céspedes, y recordaba el compromiso que le hiciera el Jefe de Gobierno.

Si llega a tiempo, sepa usted que tiene reservada una plaza en el avión.

Sabía que, a escasos kilómetros de la Posición Yuste, se había improvisado un campo para el aterrizaje de aviones en las proximidades del pueblo de Monóvar.

Habrán más aviones, y usted tiene que lograrlo a toda costa porque le espero en París.

Al recordar las últimas palabras de Negrín, a través del teléfono, reparó en que no había precisado los motivos de aquella cita que ahora se le antojaba confusa. Tal vez era en Londres.

Su chófer salió del despacho de la Comandancia convencido de que tendría que apañárselas solo para encontrar la gasolina necesaria para hacer el viaje. Se le antojaba difícil el empeño.